

ARCHIPIÉLAGO DE LOS NAVEGANTES.—Iglesia de Santa Ana en Leulumoega.

PERSIA

OJEADA GENERAL SOBRE LA MISION.

Las Misiones católicas han hablado otras veces de los trabajos de los Lazaristas en Persia y de la influencia que en aquel país adquirió el Ilmo. Cluzel. Esa influencia no se ha debilitado, y el ilustrísimo Thomas continúa hoy las tradiciones de su predecesor. La siguiente carta del Rdo. Lesné, misionero lazarista, fechada en Urmiah el 3 de mayo de 1885, permitirá abrazar de un solo golpe de vista las Misiones de Persia, seguir su desarrollo y prever sus felices resultados.

I.



HABIENDO llegado la buena estación, nuestros neófitos han continuado los trabajos agrícolas, interrumpidos desde el otoño, y hemos tenido que suspender el curso de nuestras Misiones, que se han elevado á treinta durante este invierno. Entre tanto nos contentaremos con visitar á los cristianos y administrar los Sacramentos á nuestro paso. Ahora, pues, estamos más libres para escribir y también para dar una noticia de nuestra Misión.

Esta comprende toda la Persia; si bien nuestra acción principal se ejercita especialmente en la provincia del Azerbeidjan, donde los cristianos son más numerosos que en el resto del Imperio.

El Azerbeidjan forma un cuadrilátero limitado al Norte por el Araxe; al Este, por el Guilan; al Sudeste, por el Irak-Adjemi; al Oeste y al Sudoeste, por las montañas del Kurdistan, que separan la Persia de la

Turquía. Compónese: al Norte, de una vertiente cuyas aguas se precipitan en el Araxe; al Este, de un plano inclinado hácia el mar Caspio; en el centro y al Sudoeste, de una meseta prolongada y rodeada de altos montes cuyas aguas, no encontrando salida hácia el mar Caspio ni hácia el golfo Pérsico, se reúnen en un vasto receptáculo de treinta leguas de largo por unas ocho de ancho, al que llaman lago ó mar de Urmiah, pues sus aguas son saladas.

Las ciudades principales del Azerbeidjan son Koi y Marand en la vertiente septentrional, Ardebil en la oriental, y Tauris, Urmiah y Maragha en la meseta central y meridional.

Esta última region, por decirlo así, aislada del resto del continente, forma la tercera y mejor parte del Azerbeidjan, que ya es la mejor provincia del reino. Aunque experimenta sequía de vez en cuando, esta provincia está no obstante, cosa rara en Persia, abundantemente provista de agua, y las dos llanuras de Salmas y Urmiah especialmente ofrecen el espectáculo de una hermosa vegetación. Si no se encuentra en ellas, como en el Guilan y el Mazanderan, terrenos naturalmente cubiertos de bosque, en cambio vense árboles cultivados, el plátano, el sauce, el álamo blanco, y árboles frutales de toda especie, azufaños, almendros, nogueras, vides, albaricoques, albérchigos, perales, manzanos, guindos, etc., formando al rededor de ciudades y pueblos tal espesura que de lejos se los tomaría por verdaderos bosques.

Segun los geógrafos, la altura de esta meseta es de unos 1,520 metros. Su clima es riguroso. La tierra pro-

15 Julio 1885,

Año VI.—N.º 223.

133

duce cebada, trigo, arroz y tabaco. El moral prospera, y podría ser cultivado en mayor escala, no sólo en Urmiah, sino también en toda la superficie de la meseta del Azerbeidjan.

Los habitantes de esta comarca están muy mezclados de raza, de lengua y de religión: allí, en aquel cantón remoto del Asia central, encuéntrase una de las últimas cristiandades, la de los nestorianos y armenios. Tras ellos, en efecto, no hay al Este más que musulmanes y algunas familias armenias, dispersas como en Ispahan y en Teheran.

Por lo que puede apreciarse, la ciudad de Urmiah, capital del distrito, encierra de 30 á 35,000 habitantes:

Católicos caldeos ó armenios.	450
Armenios y caldeos herejes de todas las sectas: eutiquianos, nestorianos y protestantes.	650
Judíos.	1,000
Musulmanes sunitas.	1,500
Musulmanes quiitas, casi todos de raza turca.	28,000

TOTAL *aproximado*. 31,600

Los pueblos del distrito de Urmiah tendrán una población de 90 á 100,000 habitantes, á saber:

4 pueblos armenios.	1,500
90 ó 92 pueblos caldeos herejes, excepto 3,000 ó 3,500 católicos dispersos en más de 70 pueblos.	20,800
30 pueblos kurdos sunitas.	7,500
215 pueblos quiitas de raza turca.	60,000
21 pueblos mixtos de caldeos, de armenios y de musulmanes.	6,000

TOTAL *aproximado*. 95,800

En el cantón de Salmas, que administrativamente forma parte del partido de Koi, aunque no esté situado en la misma vertiente y que sus aguas sean tributarias del lago de Urmiah, la capital Diliman cuenta 5,000 habitantes, todos musulmanes.

Hay dos pueblos exclusivamente habitados por católicos, casi todos caldeos: Kosrova (cerca de 2,000 almas), sede arzobispal; Patavur (350); cinco pueblos armenios; diez y seis pueblos mixtos de caldeos católicos ó de nestorianos, de armenios y musulmanes; en junto de 30 á 40,000 almas. Salmas, antigua capital de la comarca, y que le ha dado su nombre, no es más que un pueblo de 800 casas; 50 armenias, 50 judías y 700 musulmanas. Puede verse por este detalle que en la llanura de Urmiah los nestorianos están en mayoría con relación á los otros cristianos, y que en la llanura de Salmas, lo están los armenios y musulmanes.

Respecto á los curdos nómadas que ocupan las montañas, se sustraen á toda apreciación. Á caballo en la frontera, tan pronto están en Turquía como en Persia, según les conviene para sus rapiñas, y según el empleo que se quiere hacer de su talento para guardar los caminos: á veces están reunidos; pero con más frecuencia divididos y aún en guerra unos contra otros. Son el azote del país.

II.

Aunque la situación de los cristianos no sea aún tan brillante en todos los puntos como sería de desear, nuestros neófitos encuentran, sin embargo, en la pre-

sencia de los misioneros católicos y aún de los predicantes protestantes una seria garantía.

Hace más de medio siglo que á un viajero inglés, llamado Martin, llamóle la atención la analogía que creyó reconocer entre el protestantismo y el nestorianismo. Los nestorianos, en efecto, no admiten la Confirmación, ni la Confesión, ni la Extremaunción. Las más de las veces sus sacerdotes no pronuncian las palabras de la consagración cuando celebran la misa. Casi han olvidado la señal de la cruz y no usan imágenes en las iglesias. El relato del Sr. Martin puso en movimiento á las Sociedades bíblicas, y consideraron que la antigua Media era un terreno admirablemente á propósito para recibir la semilla del protestantismo, y en 1835 fundóse la Mision protestante de Urmiah, que está encomendada á predicantes del Nuevo Mundo, en el número de los cuales se encuentra un médico, pues en Oriente la medicina es el auxiliar obligado del apostolado verdadero ó falso.

Estos señores, rodeados de sus familias, poseen una instalación cómoda en la ciudad y en el campo. Á quince minutos de la ciudad tienen un colegio y un hospital en el que se cuida y cura á los enfermos casi gratuitamente: poseen asimismo en la ciudad una prensa con la que imprimen en caldeo el Antiguo y el Nuevo Testamento y otros muchos libros de moral ó de instrucción primaria. Mantienen escuelas en sesenta ú ochenta pueblos, y en Urmiah, á más del colegio, una escuela para niñas. Los considerables subsidios que reciben de América les aseguran considerable número de secuaces, y quizá tendrían muchos más si admitiesen la cuaresma, á la cual los nestorianos conceden gran importancia.

Llego, por fin, al origen de nuestra Mision en este país, y á lo que ella es actualmente.

Un católico francés, el Sr. Boré que fué más tarde lazarista y superior general de nuestra Congregación, visitando la Persia en 1839, juzgó que había peligro en dejar se desarrollase la propaganda protestante entre caldeos y armenios sin oponerle una Mision católica. Roma informada se conmovió á su vez, y decidióse enviar al Azerbeidjan y á toda la Persia una Mision de sacerdotes lazaristas. Primero fijóse la residencia en Tauris y en Ispahan; pero la hostilidad de los armenios motivó en breve su alejamiento: y los misioneros, tras muchas contrariedades, transportaron su Mision á Kosrova, pueblo católico de la llanura de Salmas, y á Urmiah, ciudad de la llanura del mismo nombre. En el primero de estos puntos hay un seminario en el que se forman sacerdotes destinados á convertir á sus compatriotas, bajo la suprema inspección del arzobispo caldeo, y la dirección del prefecto apostólico y de los misioneros, así de Salmas como de Urmiah. El número de estudiantes de este seminario ha sido siempre de veinte á veinte y cinco. El prefecto apostólico, jefe de la Mision, establecido en Kosrova y ayudado de dos ó tres misioneros, cuida de esta obra y de las Misiones en aquella comarca, del ministerio parroquial de la catedral y de los otros pueblos de la llanura.

La Mision de Urmiah, instalada en el centro del nestorianismo, ha tenido constantemente dos ó tres misioneros ocupados en los pueblos y en la ciudad, en la conversión de los nestorianos, sea por medio de visitas de los pueblos y por las escuelas, sea por las Misiones dadas cada invierno en los principales centros.

COREA.

TRANQUILIDAD GENERAL.—PERSECUCION EN UN
DISTRITO; FELIZ DESENLAJE.

Al llegar los misioneros á Urmiah sólo había algunas familias católicas dispersas en muchos pueblos, y su número ha ido en aumento. En 1874 la Santa Sede erigió la Mision de Persia en delegacion apostólica, y el Ilmo. Cluzel, que era el prefecto, fué nombrado delegado con el carácter archiepiscopal. Entonces la residencia del nuevo delegado, que queda jefe de la Mision, fué transferida de Kosrova á Urmiah, que se había hecho más importante por sus numerosas conversiones y por su más grande centro de accion. Desde aquella época la Mision de Urmiah, además de su delegado ha tenido constantemente cuatro misioneros asistidos por un Hermano que practica la medicina y la cirugía.

Nuestras obras actuales son: el servicio parroquial de la ciudad, las Misiones en los pueblos, la visita casi mensual de las cristiandades, la direccion general de las escuelas establecidas en buen número de localidades, y también la direccion en la ciudad de un colegio al que se ha unido hace dos años un seminario menor, destinado á suministrar alumnos al seminario mayor de Kosrova.

Las Hijas de la Caridad que tienen una casa en Urmiah, y otra en Kosrova, nos secundan en nuestro apostolado. El personal de cada casa no baja de siete personas. Además del catequismo que hacen una vez á la semana en los pueblos más próximos, esas excelentes Hermanas cuidan un pensionado de niñas, un externato, un asilo, visitan á los enfermos á domicilio, y sirven una farmacia á la que acuden multitud de enfermos de todas naciones. Ejerciendo la medicina encuentran el medio de ganar para el cielo á muchos niños musulmanes moribundos.

Tenemos asimismo en Teheran una residencia para misioneros y dos casas para Hijas de la Caridad.

Debemos ocuparnos igualmente en los asuntos de justicia, en mantener en buena armonía á los cristianos, y sobre todo en protegerlos contra los musulmanes siempre dispuestos á perjudicarlos. Hasta hoy todo asunto de interés comun ó privado se trata en la casa de los misioneros, resolviéndose muy á menudo amigablemente. Los musulmanes nos estiman y respetan; y ejercemos con relacion á ellos cierta autoridad á causa de nuestra cualidad de extranjeros y de nuestra franqueza, debiéndose á esto que seamos, no sólo los educadores, sino también los abogados de todos los cristianos. Para los caldeos católicos como para los caldeos nestorianos, la presencia de los misioneros, armados con un poder puramente moral, es por sí sola considerable beneficio.

Al terminar, permítaseme dos palabras acerca la hospitalidad en Persia y las cargas que ella nos impone. Aquí, como en todo el Oriente, la hospitalidad es un deber sagrado: rehusar la entrada en su casa á un extranjero, lo mismo que á un amigo, es una de las cosas más aborrecibles y deshonorosas. En Persia no se encuentran, como en Europa, posadas para los viajeros y los extranjeros. ¿Qué se hace, pues? Detiéndose uno en la principal casa, y allí se hace albergar todo el tiempo necesario, dando todo lo más gracias al marcharse. Nosotros somos quien recibe más gente de esta clase. Segun los cálculos hechos día por día, vienen todos los años á nuestra casa once mil personas, que hay que albergar y mantener sin que recibamos un sueldo para esta atencion. Es una carga muy pesada que es difícil soportar mucho tiempo si la Providencia no viene en nuestro auxilio.

Fresca está aún la memoria de las grandes tribulaciones de la Iglesia de Corea, del cautiverio del heroico defensor de la fe ilustrísimo Ridel, y de sus misioneros, que se vieron obligados á abandonar sus queridas cristiandades. Hoy la persecucion parece haber cesado, y si la predicacion no es todavía libre, las Autoridades coreanas cierran los ojos y dejan que vuelvan los misioneros. La siguiente carta del Ilmo. Blanc, vicario apostólico de Corea, fechada en Seul el 1.º de marzo último, da preciosos detalles acerca aquella cristiandad y aquellos neófitos, dignos de los primeros siglos de la Iglesia.



El año último gozamos de una tranquilidad relativa. Oímos cerca de 9,000 confesiones y bautizamos á 520 adultos. Es la primera vez que alcanzamos esta cifra desde nuestro regreso en 1876.

Por desdicha en los primeros días de diciembre la revolucion, comenzada por los partidarios del progreso y de la apertura del país á la influencia extranjera, se ha vuelto contra ellos y en favor del partido de los retrógrados. Nuestros cristianos, considerados como simpáticos á los extranjeros y á los japoneses, han padecido algo, y desde aquella época ha habido en diversos lugares ciertas vejaciones locales de las que no se había oído hablar hacia mucho tiempo.

Sólo diré aquí breves palabras acerca la persecucion del distrito de Ven-San, provincia de Han-Kyeng-to, la que nos ha causado mayor inquietud, porque muchos de nuestros neófitos habían sido arrestados como cristianos. Uno de nuestros compañeros, el Rdo. Poisset, encargado del distrito del Norte, me escribía acerca el particular:

«Creo experimentará V. sumo gozo al saber la firme y noble confesion que los cristianos han hecho de su fe, y la prudencia tan evidentemente inspirada por Dios con la cual han sabido burlar las astucias de los satélites. Por lo demás, no han tenido que sufrir tormento alguno, ni malos tratos por el camino. Por último se les ha soltado como cristianos, públicamente, sin condicion, y con esperanza de entrar de nuevo en posesion de los bienes que les han sido arrebatados. Los satélites, que sin mandato habían empezado esta campaña inoportuna, han sido despedidos, azotados y condenados á pagar ó á restituir lo que echaron á perder ó robaron.

«Desde Ven-San hasta la capital de Han-Kyeng-to, este asunto ha tenido mucha resonancia. Puede creerse que es la primera predicacion de la santa Religion en la comarca, y el medio providencial de que Dios ha querido servirse para extender al Norte el conocimiento del nombre cristiano. A pesar de la lamentable defeccion de un nuevo cristiano y de un niño, puede aún decirse de todo corazon: *Gratias Deo, qui dedit nobis victoriam per Dominum Jesum.*

«Segun parece los japoneses de Ven-San se han mostrado en esa circunstancia muy favorables á nuestros neófitos. En el momento en que era de temer un arresto en masa de los fieles de la ciudad, acogieron en sus casas á cuantos se presentaron, é impidieron que los satélites se apoderasen de mercancías de los cristianos.»

Envio traducido parte del relato coreano que se me ha dirigido sobre este asunto, y que no carece de interés como estudio de costumbres.

«... Seis cristianos fueron conducidos á la cárcel de la ciudad, y poco despues el jefe de los satélites vino á encontrarles, y les dijo solamente :

«—Por orden del mandarin voy á obligaros á un interrogatorio. Si prometeis no practicar la religion cristiana, os soltaré en seguida, pero en caso contrario daré orden para quitaros la vida. Responded, ¿qué queréis hacer?»

«Cinco cristianos exclamaron á una voz :

«—Aun cuando tuviésemos de morir, no queremos adjuar la santa Religion.

«El sexto, vencido por el temor, respondió que no la practicaria más, y el jefe de los satélites le dió en seguida una ligadura (ocho pesetas próximamente, diciendo :

«—Toda vez que este promete no practicar la religion cristiana, le pongo en libertad y aun le doy dinero para el camino. Vosotros tambien si decís siquiera una palabra, quedaréis desde hoy libres.

«Los cinco cristianos fieles contestaron :

«—Estamos dispuestos á morir por la justicia. Antes morir que deber la vida á una apostasía.

«El jefe de los satélites, viendo que no podia salirse con la suya, cerró las puertas de la cárcel y se marchó; mas volvió al anoecer, y dijo :

«—Yo tambien tengo hijos, y no me gusta hacer morir á nadie. Durante la noche dejaré las puertas de la prision abiertas: aprovechaos de ello, y huid todos.

«Los cristianos contestaron :

«—Si el mandarin nos despide, saldremos; pero lo que es evadirnos, de ningun modo lo harémos.

«El jefe de los satélites marchóse sin decir una palabra. El dia siguiente por la noche volvió llevando tres ligaduras, que presentó á los cristianos invitándoles á que escapasen. El viejo catequista U le dijo :

«—De ningun modo lo harémos sin orden del mandarin.

«El jefe de los satélites añadió :

«—Lo que os he dicho debiera bastaros para que comprendiéseis lo que se quiere de vosotros : ¿por qué os obstinais así?

«Luego, entregándoles las ligaduras, salió dejando abiertas las puertas de la prision.

«El dia siguiente los cristianos, en pleno dia dejaron tranquilamente la cárcel y se dirigieron á Ven-San, donde encontraron á una cristiana que habia sido arrestada al mismo tiempo que ellos, pero encerrada aparte. Esta les dijo que acababa de ser puesta en libertad por orden del gobernador de la provincia, quien habia ordenado le restituyesen lo que le habian quitado.

«El anciano catequista U, al oir esto, dirigió una súplica al mandarin en favor de los cristianos de su poblacion. Habiéndole éste pedido explicaciones, el cristiano le refirió todos los pormenores y los daños recibidos. El mandarin mandó arrestar en seguida al principal autor del desorden, y le hizo poner en cuestion. En ésta denunció á sus cómplices, que fueron detenidos, y sólo se les soltó despues de prometer que restituirian en época determinada todo lo que habian robado.»

Antes de terminar permítaseme expresar mis sentimientos de profunda gratitud á la *Obra de la propagacion de la fe*, á cuyos himnos y oraciones la Iglesia de Corea debe haber dado al cielo tantos y tantos mártires y confesores. Ella es la que todavía hoy nos nutre y sostiene, y con ella contamos para el dia en que, dejando

sus vestidos de luto, la Iglesia de Corea sea llamada á dar público testimonio de su fe erigiendo iglesias, escuelas, hospitales, etc.

Los predicantes del error, que mientras hubo peligro se mantuvieron alejados, amenazan hoy invadirnos, sostenidos por el oro de sus sectas heréticas : de diversas partes se nos anuncia ya su llegada. En los puertos abiertos al comercio tienen libertad de accion, mientras que nosotros estamos aún trabados. Todo lo que pido hoy á nuestros asociados y bienhechores, es el socorro de sus santas oraciones para que el divino Maestro apresure el dia de nuestra completa libertad, y no permita que el hombre enemigo haga todo el daño que se propone.

EL CARDENAL LAVIGERIE Y EL P. CATÀ EN ÁFRICA.



La actividad del misionero católico es ya proverbial: animado del espíritu del divino Redentor, no conoce el descanso ni menos la ociosidad, y al saber que hay lugares en donde no es todavía adorado el signo de nuestra redencion, al ver que aún son muchísimas las almas que no conocen á Jesús, quisiera poderse multiplicar para anunciar por todas partes el Evangelio de vida y de salud.

¡Inescrutables son los designios de la divina Providencia! Mientras los predicadores del Evangelio llevaban la antorcha de la fe al través de los mares y echaban los cimientos de esas grandes cristiandades de la América, Asia y Oceanía que hace tiempo son la admiracion del mundo, el Africa permanecia casi abandonada, y los europeos parecian mirarla con indiferencia y hasta con recelo. Bien es cierto que algunos varones apostólicos, á imitacion del Patriarca seráfico, del Taumaturgo de Padua y de la angélica Reformadora del Carmelo, fuéron allá para predicar la fe, aún á costa de su sangre y de su vida; pero no habia aún sonado la hora marcada por la Providencia divina para la restauracion religiosa de la patria de los Ciprianos, Agustinos, Fulgencios, Tertulianos y cien otros insignes Padres y admirables apologistas del Catolicismo. Parecia que el Salvador aguardaba el momento en que su augusto Vicario consagrara el mundo á su divino Corazon, para hacer ostentacion de sus inefables finezas, especialmente en toda la extension del Africa.

En efecto; desde dicha época se han visto llegar á aquellas inhospitalarias playas numerosas falanges de hombres apostólicos, plantar intrépidos el árbol santo de la divina Religion, y avanzar, sin desfallecer nunca, hácia el interior que en siglos y siglos no oyera la palabra de la salud, ni los encantos de la divina revelacion.

Mientras así trabajaban los ministros del Señor en el Sur, Este, Oeste y Centro del Africa, en su parte Norte se obraban grandes transformaciones, llamando de un modo particular la atencion las realizadas en Argel, conocido antes por la gran Numidia.

Desde que, en 1831, los franceses ocuparon esa region, que dividieron en tres provincias, multitud de europeos, principalmente franceses y españoles, se establecieron allí: la emigracion fué cada dia en aumento, pero la vida del catolicismo apenas era conocida en Argel. La Providencia divina tenia destinados á dos hombres que, de un modo particular, debian llevar á

cabo las grandes obras que exigía la extraordinaria aglomeración de europeos en esa parte del litoral africano, y que tanto habían de contribuir en lo sucesivo á la propagación de la fe: el uno se llamaba Lavigerie, el otro Catá; el primero francés, el segundo español: uno Cardenal de la santa Iglesia romana, otro humilde misionero: aquel trabajando en Túnez, y éste en Orán. Digno sucesor del esclarecido san Cipriano, Mons. Lavigerie vigila sobre todas las iglesias que el augusto Vicario de Jesucristo ha confiado á su vigilancia y solicitud pastoral: lleno del noble espíritu que animara al inmortal Cisneros al dirigirse á Orán en 1509, el P. Catá quisiera ver en los ochenta mil españoles establecidos en aquella provincia el respeto y amor á la religion católica que profesara el insigne purpurado franciscano. El eminentísimo Sr. Lavigerie hace ya algunos años está trabajando en Túnez con éxito admirable: ha levantado magníficas iglesias, construido grandiosos hospitales, fundado muchas escuelas y dado vida é impulso á gran número de obras religiosas y de asociaciones de caridad, y su prestigio es grande en esa parte del África.

El P. Catá, aunque hace ya cerca de tres lustros que, habiendo dejado las comodidades de su familia y el hermoso cielo de su querida patria, trabaja sin descanso para el bien de los europeos que están en Africa, apenas hace un lustro que el Señor le hizo conocer de un modo claro su voluntad divina para que se consagrara al bien de la gran multitud de españoles que viven en la provincia de Orán, buscando un medio de mil penalidades la manera de llenar las necesidades temporales de la vida, y que en su mayor parte, por desgracia, poco ó casi nada piensan en su alma ni en los bienes eternos, porque hasta ahora habían estado sin un ministro de Dios que de un modo particular cuidara de sus espirituales y sagrados intereses y del bien de sus desgraciados hijos. Confirma esto un hecho reciente, sumamente sencillo, pero que habla con elocuencia espantosa.

Era la Semana Santa del presente año, cuando habiendo ido á Orán por asuntos del santo ministerio un celoso misionero español, fué invitado para dar una Mision á la ciudad de Sidi-bel-Abbes, no muy distante de Orán, y en la cual se encuentran más de catorce mil españoles viviendo de la manera más desconsoladora, no sólo en lo corporal, sino principalmente en la parte religiosa: sin embargo, lo mismo fué oír la divina palabra de los labios del apostólico misionero, y recordar la doctrina santa que sus padres les enseñaran desde niños, las prácticas de piedad y ejercicios de devoción que ellos mismos habían practicado en su juventud, y las funciones religiosas á que asistían en su amada patria, al momento sintiéronse tan afectados y conmovidos que muchos de ellos resolvieron desde luego purificar sus almas en el santo tribunal de la Penitencia. Por una feliz coincidencia hallábanse en dicha ciudad, por negocios de su Instituto, algunas Hermanas de la Compañía de santa Teresa de Jesús, las cuales hicieron un bien inmenso á aquella multitud de pobres españoles; pues, deseando confesarse, la mayor parte de ellos hacia tanto tiempo que no se habían reconciliado con Dios, y de tal modo habían abandonado las prácticas religiosas, que no sólo ignoraban la doctrina cristiana, sino aun el persignarse. Las ejemplares Hijas de santa Teresa, sacrificándose con gusto por el bien de las almas, pasaron muchas horas en la iglesia en la

noche del Sábado Santo, exclusivamente dedicadas á instruir en la doctrina cristiana y disponer para recibir los santos Sacramentos al gran número de españoles que deseaban convertirse al Señor.

Lo que pasó en Sidi-bel-Abbes es lo que pasará en Orán y en todos los puntos en donde se encuentran Colonias españolas, desde el momento que haya quien se interese por el bien de sus almas.

La triste situación en que se encuentran los españoles en Orán debe excitar en todo corazón que se precie de católico el interés más profundo y la compasión más viva.

Recordamos su origen. Nuestros queridos compatriotas, no se encuentran en África por ser de depravadas costumbres, ni menos por haber renegado de España ni de la Religion santa en que tuvieron la dicha de nacer. La necesidad es la única causa de esa emigración á las playas africanas.

Las vicisitudes desgraciadas por que ha nuestra patria de cincuenta años á esta parte; las guerras y turbulencias públicas, la falta de protección en el trabajo, las contribuciones é impuestos cada día en aumento, han hecho que la Colonia española en la Argelia haya sido cada día más numerosa. Como esas emigraciones no correspondían á ningún plan, sino que se realizaban por particular iniciativa y según exigía la triste y precaria situación de los individuos ó de las familias, por esto se encontraron reunidos, en el período de diez lustros, sólo en la provincia de Orán, más de ochenta mil españoles, sin tener ni una sola capilla propia, ni un hospital, ni una escuela, viéndose á la juventud española completamente abandonada, creciendo sin ninguna idea de virtud ni de religion, saturándose tan sólo en las depravadas escuelas de la corrupción y del crimen. Así las cosas, Dios inspiró al ejemplar é incansable misionero Rdo. P. Catá la santa idea de atender especialmente al bien espiritual de los pobres ciudadanos españoles. Con este fin vino á España en 1881, recorrió varias ciudades, siendo muy bien recibido, animado y protegido en su santa empresa por los venerables Prelados de las Diócesis que pudo visitar. Tuvo el consuelo de ver que en varios puntos se formaban Juntas de caballeros y de señoras, consagradas al objeto de buscar recursos para construir desde luego una capilla y un asilo para los españoles en la ciudad de Orán. Varias veces habló en esas Juntas siendo algunas de ellas presididas por venerables Prelados: otras muchas ocasiones en el santo templo hizo patente al pueblo fiel, que en gran número acudió á oír sus apostólicos sermones, la tristísima y precaria situación de los españoles residentes en el Norte del África. Gracias á su celo y actividad, pudo reunir algunos fondos con que, á su regreso á Orán, compró un terreno y edificó la Casa-Asilo, colocando en una de sus habitaciones la imagen de la Purísima Concepción, regalo de las Hijas de María de Barcelona. Imposible es describir el gozo de nuestros queridos y pobres paisanos, residentes en la antigua Numidia, al ver levantarse un edificio para su bien y utilidad, debido tan sólo al incansable Rdo. P. Catá y á la caridad de sus hermanos de España.

Habíase dado ya el primer paso y levantado el primer monumento de la restauración religiosa de nuestros compatriotas en la provincia de Orán. El objeto de la Casa-Asilo era reunir á los hijos de los españoles á fin de educarlos é instruirlos, no sólo en la Religion, sino

tambien en aquello en que con más facilidad pudiesen honradamente ayudar á sus padres y tener un seguro porvenir. *Formad el corazon de la juventud*, ha dicho un gran filósofo, *y teneis ya medio andado el camino de la restauracion moral de un pueblo*. Por esto el apostólico P. Catá no ha descansado hasta lograr ver en Orán, y establecidas en la Casa española á las ejemplares y celosas Hermanas de la Compañía de santa Teresa de Jesús, para que cuidaran de la educacion de las niñas.

Mas, para llevar adelante lo que en tan poco tiempo y bajo tan bellos auspicios ha logrado realizarse, es preciso que todas las personas que se interesan por la gloria del Señor, por la salvacion de las almas y por la propagacion del Catolicismo en África, hagan cuanto esté en su mano para secundar las nobles y santas miras del apostólico P. Catá y de las virtuosas Hijas de santa Teresa de Jesús.

Si el Emmo. Sr. Cardenal Lavigerie ha conseguido realizar en Túnez las grandes obras que hoy son la admiracion del mundo, y que con el tiempo serán un poderoso elemento para la propagacion de la fe hacia el interior del África, es porque los católicos de Francia é Italia han respondido á su llamamiento, y ya con limosnas, ya con toda clase de donativos, han contribuido á la pronta ejecucion de las caritativas empresas y santos proyectos de tan insigne Prelado. De la misma manera si queremos que brille el Evangelio entre nuestros necesitados hermanos de Orán; si queremos se realicen las caritativas miras del incansable P. Catá, que en adelante serán la más firme base para la difusion de la divina doctrina entre las innumerables almas que en toda la provincia de Orán viven sin conocerla, es de absoluta necesidad que lo ayudemos con nuestras oraciones y con nuestras limosnas. Mucha gracia necesita del cielo el P. Catá para no desfallecer ante los mil y mil obstáculos que se le presentan para la realizacion de la grande empresa que sólo por Dios ha iniciado. La espantosa indiferencia, efecto de la poca religion, hace que encuentre cerradas muchas puertas ó reciba contestaciones que serán muy conformes con la civilizacion moderna, pero que nada tienen de cristianas ni menos de caritativas; por esto debemos pedir al Señor se digne derramar sus gracias y bendiciones sobre su fiel ministro, á fin de que pueda superar todos los impedimentos con que el demonio, enemigo de las almas, trata de estorbar tan apostólica empresa.

El bien que podemos hacer socorriendo con nuestras limosnas á nuestros hermanos de Orán es grande sobre toda ponderacion. Son allí á centenares los niños y niñas, hijos de españoles, que van creciendo en el más completo abandono; es preciso abrir escuelas, talleres y obradores, en donde puedan instruirse y formarse para ser un día honrados y laboriosos, siendo el consuelo de sus familias y la gloria de las personas caritativas que con sus limosnas hayan contribuido para que pudiesen conocer la Religion y aprender el oficio ó arte con el que logren ser apreciados y distinguidos en la sociedad.

Hoy se encuentran allí seis Hermanas de la Compañía de santa Teresa; pero los cuidados, atenciones y trabajos que desde luego las han rodeado son en número tan excesivo que, si no se quiere que sucumban pronto, es preciso mandar allá cuanto antes á lo menos otras seis.

Tambien urge que vayan allá misioneros españoles,

tanto para cuidar de la educacion, instruccion y formacion de los niños, como para moralizar y conducir por los caminos de la vida eterna á la gran Colonia española del África.

Actualmente no hay allí mas que una pequeña capilla provisional, insuficiente ya desde este momento, en que ha empezado la restauracion religiosa entre nuestros amados hermanos; es indispensable emprender luego la construccion de una iglesia grande y capaz para el gran número de españoles que viven en la misma ciudad de Orán.

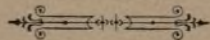
Hoy la mayor parte de los españoles allí residentes son pobres bajo todos conceptos, pero si con nuestras limosnas les damos la riqueza espiritual, la pobreza material desaparecerá, pues con el amor al trabajo, con el horror al vicio y aprecio de la virtud, luego entra en las familias la paz, la tranquilidad y la economía; la alegría espiritual llena los corazones, y de todos los labios se desprenden estas sublimes palabras: *Tantum nihil habentes et omnia possidentes*: Como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo por estar contentos y tranquilos con la voluntad del Señor y conformes con lo que Su divina Majestad se digna concedernos, pues nos basta tener con que sustentarnos y con que cubrirnos: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus*. El individuo, la familia, el pueblo que así se expresa, ha subido ya á la cumbre de la verdadera civilizacion y pueden esperarse de él grandes obras, y sobre todo, la más fina gratitud. ¡Qué de bendiciones, qué de gracias no obtendrá del cielo, en sus fervorosas oraciones en favor de sus bienhechores!

Los nombres de éstos se conservarán en un álbum, en la capilla de la Inmaculada Concepcion de Orán, ofreciéndose en la misma perpetuamente el santo sacrificio de la Misa el día 8 de cada mes, segun las intenciones y necesidades de cuantos hayan contribuido á la restauracion religiosa de la gran Colonia española, establecida en la ciudad y provincia que un día admiró la fé, valor y heroísmo del inmortal purpurado Cisneros.

J. R. A.

El anterior artículo habrá llamado la atencion de nuestros lectores sobre la grandiosa obra de evangelizacion y aún de material auxilio que está llevando á cabo en Orán nuestro insigne compatriota el P. Catá. Mas este misionero no debe trabajar sólo en aquella region africana, donde tan alto mantiene el pabellon de Cristo y el nombre español. Todos los buenos hijos de esta tierra debemos hacernos compañeros y cooperadores de la gloriosísima empresa del P. Catá. Para fomentar estos esfuerzos y darles unidad y organizacion se ha fundado en esta ciudad una como sucursal de las Misiones de Orán con el título de *Sociedad hispano-africana*, y á cuyo frente está persona tan respetable como el M. I. Sr. Dr. D. Ricardo Cortés, canónigo penitenciario de esta Santa Iglesia, y á quien pueden especialmente dirigir sus limosnas, ya en dinero ya en efectos, las personas que deseen asociarse á tan noble empresa.

¡Bendiga Dios la obra católica-española del P. Catá, y secúndele la piedad de todos nuestros compatriotas!



CRÓNICA.

Inglaterra.—Las conversiones al Catolicismo continúan sin interrupción en Inglaterra y en sus colonias. Ultimamente ha entrado en el seno de la Iglesia católica en Leicester mistress Hargitt, mujer del médico de este nombre, mientras lord William Neville, hijo del marqués de Abesgavenni, abjuraba el protestantismo en Melbourne (Australia) en manos del Rdo. P. Kennedy, de la Compañía de Jesús.

Casi al mismo tiempo, Leon XIII en el Vaticano y lord Granville, ministro de Negocios extranjeros en Londres, contribuían á la glorificación sobre la tierra de san Agustín, apóstol de la Gran-Bretaña. En 28 de julio de 1882 el Papa mandó que la Misa y el Oficio de san Agustín se extendieran á la Iglesia universal. Lord Granville acordó erigirle un monumento á sus expensas en Ebbsflett, cerca de Minster, en la parte solitaria de la isla Tannet, donde aún existe la cisterna del Santo, etc. Escogió él mismo el dibujo del monumento, según las famosas cruces sajonas, encargándolo al escultor Roddis. En la parte que al Septentrion mira, se destacan las figuras de san Albano, de san Agustín y del rey Etelberto. En la del Mediodía se han representado varias escenas tomadas de la sagrada Escritura. Al Occidente, la cruz muestra los doce Apóstoles. Al Oriente, una serie de los primeros mártires y de otros eminentes cristianos en la historia de la Iglesia. Por todo, cincuenta y seis figuras esculpidas en las cuatro caras de la cruz colosal.

Filipópolis.—El P. Marcelo de Montañell, vicepresidente de los Capuchinos de Constantinopla, escribía recientemente:

«Al primer golpe de vista Filipópolis no da un mentís á la antigua reputación de las ciudades turcas: pintoresca de lejos, fea de cerca, es verdaderamente original: poned tres peñascos surgiendo á pico en medio del mar de Mármara, escalonad hasta la cumbre desordenada multitud de casas rojas, azules, amarillas, redondas, cuadradas, entremezcladas con iglesias, mezquitas, campanarios y alminares: proyectad sobre todo esto una luz brillante, pero fría comparada con la cálida luz de Constantinopla; y á lo lejos, á la distancia de diez leguas, cerrad el horizonte con el Balkan y el Rhodope que se junta para formar anfiteatro, y tendréis Filipópolis: un islote perdido en un mar inmenso.

«El tren se detiene; estamos en la estación. Ver cómo llega el tren de Constantinopla es todavía la gran curiosidad de Filipópolis, y los ociosos de la ciudad se dan este pequeño placer todas las tardes. Por lo tanto, antes de bajar del coche podéis formaros alguna idea de los moradores de las ciudades orientales, donde se cocean muchas razas sin mezclarse nunca. Hé aquí el búlgaro, á quien se reconoce fácilmente: gordiflón, de ruda fisonomía, y bien puesto sobre sólidas piernas que no se doblan al peso de sus anchas espaldas. En esa cabeza redonda no bulle tal vez una inteligencia muy viva; pero bajo ese resistente cráneo puede haber buen sentido y tenacidad, y hay ciertamente honradez y rectitud. No sucede lo mismo en su vecino más esbelto; al primer golpe de vista se adivina que no reina en él la sencillez: es un griego. Tiene cierta elegancia nativa: es bien formado; tiene hermoso rostro, fina la piel y los ojos tan rasgados, profundos y aterciopelados que

uno no sabe si son grises, negros, etc.; son ojos griegos, y basta esto para decir que son de suma belleza. Pero ¡cuánto echa perder esa fisonomía la fatuidad, la bellaquería y una odiosa mezcla de bajeza y de torpe orgullo! Á pesar mío atrae mis simpatías ese turco que veis detrás de los griegos bulliciosos y desvergonzados. El turco no carece de defectos; pero en la vida privada es muy honrado, tolerante y respetuoso sin bajeza alguna, hospitalario y aún justo y recto: á más de esto es pacífico, digno sin aspereza, y á veces hasta bello. No digo lo mismo del judío, á quien se encuentra en toda ciudad de Oriente. Es absolutamente feo física y moralmente: es falso, abyecto, sucio, hipócrita, y todo esto se lee, mejor que en un libro, en su rostro pálido y prolongado, con marco de cabellos, rectos como baquetas de tambor.

«Todo el seminario y muchos Padres vinieron á nuestro encuentro. Se nos condujo al coche episcopal, tirado por dos soberbios caballos negros. El cochero era un joven búlgaro de los más elegantes, con sombrero de piel de cabrito, camisa de fondo azul sembrada de florecillas rojas y ancho cinturón nacional. Abríase camino con autoridad en medio de un dédalo de coches de plaza. Los alrededores de la estación están tan obstruidos con esos vehículos como en nuestras ciudades: la Rumelia se civiliza desde que se pertenece á sí misma.

«Es sumamente interesante observar en Filipópolis ese progreso de un pueblo pequeño que procura ponerse al nivel de las naciones civilizadas del Occidente. Los búlgaros de Rumelia han hecho notables esfuerzos en este sentido, como se advierte así que se ha traspuesto la frontera turca: los campos están mejor cultivados, los soldados y los guardias van más limpios, hay orden en las estaciones y cierta actividad entre el pueblo. Pero en la ciudad sobre todo es donde brilla con todo su esplendor la civilización nueva. Filipópolis cuenta con palacio para el gobernador, donde tiene una verdadera corte. Hay un cuerpo legislativo en el que toman asiento unos sesenta diputados, y del que forma parte por derecho el obispo católico. Edifícanse escuelas y liceos; créanse granjas-modelos; trázanse calles, medidas por kilómetros; la libertad de conciencia es absoluta, lo mismo que la libertad de la prensa, etc.

«¿Tendrá feliz éxito esta clase de civilización? Se va sobrado aprisa; se quiere llegar de un salto á la altura de Europa y con harta frecuencia en lo que ella tiene de malo. ¿Creeréis, por ejemplo, que se ha construido en Filipópolis un liceo para jovencitas, al que concurren muchos centenares de ellas?

«Nunca imaginariais cuánto dan que reír á veces esos pujos de civilización. Sólo os citaré un hecho cuya autenticidad puedo garantizar. Queriendo todo el mundo civilizarse y ponerse á la europea, se ideó formar en Filipópolis una Conferencia de san Vicente de Paul. Perfectamente, diréis. Sí, pero como hay que dar muestras de elevación de miras y de tolerancia, fueron nombrados presidentes el obispo católico, el obispo griego cismático, el gran imán musulmán y el gran rabino judío. San Vicente de Paul debió reírse al verse con tan singulares hijos. La Conferencia celebró tres sesiones, y se disolvió para no aparecer más. Deseo que la civilización de la Rumelia tenga mejor fortuna...»

China.—Según datos de Mons. Acrimondi, misionero italiano que ha pasado veinte y seis años en Oriente

y que ahora es obispo de Aconthe y vicario apostólico de Hong-kong, hay en este momento en el Celeste Imperio 35 Obispos, de los cuales son 17 franceses, 12 españoles, 3 belgas y 1 holandés. Administran 33 vicaratos apostólicos, que corresponden próximamente á otras tantas provincias chinas. Ayúdanles en la propaganda 565 sacerdotes extranjeros y 542 indígenas. La última estadística arroja cerca de medio millon de católicos chinos. Los misioneros visten como éstos, comen arroz y se acuestan sobre la dura tierra, siguiendo en todo las costumbres del país, cuando no están reñidas con la moral. Con arroz, pescado y un poco de cerdo, se mantienen en el interior de China. La vaca y el vino europeo no se ven nunca por allí. Tienen poco dinero, y gastan poco. Quizá ningún misionero europeo gaste más de diez duros al mes en alimento y vestido. Todos los fondos se emplean en iglesias, escuelas, asilos de huérfanos y otras instituciones necesarias al fin de la Mision.

El día 8 quedó firmado en Tien-Tsin el tratado definitivo de paz entre Francia y China. Los firmantes del tratado han sido Mr. Patenotre, representante de Francia, y el príncipe Li-Hung-Chang. El documento ha sido redactado conforme á las bases preliminares firmadas el día 4 de abril último. China acepta las condiciones estipuladas en el primer tratado de Tien-Tsin, y ambos países limitan sus aspiraciones de ulterior desarrollo territorial.

Fernando Poo.—El reino de Jesucristo, escribe un periódico, por la divina misericordia, se va dilatando en la colonia fernandiana, siquiera sea con cierta lentitud, y en desproporcion al celo incansable de los misioneros del Corazon de María, á quien está encomendada dicha prefectura apostólica.

Doce jóvenes catecúmenos, suficientemente instruidos en los principales dogmas de nuestra religion por los reverendos Padres, y apadrinados por el dignísimo gobernador general de la Isla Sr. Montes de Oca, recibieron la gracia bautismal el día 4 de abril, poco despues de los Oficios en que la santa Iglesia, despojándose de las vestiduras de luto, y suspendiendo el llanto por la muerte de su divino Esposo Cristo Jesús, apresurábase por anunciar al mundo con placenteros aleluyas é himnos de gloria, y ataviada con nívocos ornamentos, la triunfante resurreccion del Autor de la vida.

Sin ningún esfuerzo de imaginacion puede suponerse que el regocijo seria universal entre los concurrentes; unos y otros se animarian á glorificar más y más al divino Resucitado, teniendo á la vista en aquellos doce neófitos los inmensos bienes que nos granjeó el Hijo de Dios con su Pasion y muerte, y la cumplida victoria que obtuvo para nosotros en el santo madero de la cruz, donde estableció su reinado.

Aquellos buenos Padres misioneros, que sienten rejuvenecer su espíritu y recobrar mayores bríos á medida que se aumenta el número de católicos, no perdonan sacrificio ni ocasion favorable al objeto, como es de ver por la siguiente noticia, no menos placentera que la precedente.

Varias habian sido, y arriesgadas algunas, las excursiones que el reverendísimo Padre prefecto y otros Padres hicieron á las tribus de Banapá y Basilee, con el objeto de inaugurar los trabajos de civilizacion é instruccion de la juventud; pero se tropezaba con el inconveniente de que los jefes de familia no querian des-

prenderse de sus hijos, ni exponerlos al largo trayecto que de Santa Isabel separa dichas tribus. No se arredraron por esto los reverendos misioneros, quienes, animados de esa fe que traslada los montes, y de la caridad cristiana que todo lo sufre, sin afanarse por las cosas propias, concibieron el proyecto de construir á sus expensas una casa-escuela de madera, que fuera capaz de contener todos los niños de ambas tribus.

Realizado tan noble pensamiento, acaba de montarse la referida casa en la línea divisoria entre los términos de Santa Isabel y Basilee, donde muy en breve recibirán la instruccion primaria multitud de niños infieles. El reverendísimo Padre prefecto tuvo el gusto de ir en persona á dichas tribus, con objeto de acordar con los padres de familia el día de la inauguracion de dicha escuela. Sirvióle de guía uno de los neófitos antedichos, de raza bubí, en el cual tienen los Padres fundadas lisonjeras esperanzas, porque es muy despejado y afectuoso. Faltó poco para que ambos expedicionarios fueran víctimas de un tornado ó tempestad, que en aquellos países ocurre frecuentemente, causando daños muy notables. Apenas habian logrado penetrar en la primera choza de Basilee, se desencadenó un viento impetuoso, cual no se conoce en estos países, acompañado de una lluvia torrencial. Afortunadamente, la choza, sobre ser muy baja, estaba sólidamente construida, y así pudo soportar la enorme tromba, con no poca alegría de los viajeros, que, á semejanza de Noé y su familia, rendian á Dios, desde aquella especie de arca, infinitas gracias por haberles sacado á salvo de un semi-diluvio.

¡Á cuántas penalidades y peligros se expone el misionero católico para convertir las almas! ¡Qué celo por la gloria de Dios, qué amor á la humanidad, qué desprecio de sí mismos!

Noticias varias.—Hace poco tiempo, la mitad próximamente del vecindario de una aldea populosa, Fargania (Siria), abjuró los errores del cisma de Focio convirtiéndose al Catolicismo: y recientemente, gracias al celo del Ilmo. Haggiar, arzobispo griego-católico, y de los Padres Basilio de San Salvador, la otra mitad del vecindario del mismo pueblo ha entrado en el seno de la Iglesia católica, debiendo advertirse que en esta otra mitad están las personas acomodadas.

Estas conversiones por grupos de familias recuerdan las de los tiempos apostólicos y compensan las apostasías casi nacionales que con dolor contemplamos en la vieja Europa, tan orgullosa de su civilizacion, que en lo que tiene de buena lo debe exclusivamente á la Iglesia.

—Segun el *Moniteur de Rome*, el museo Borgia en la Propaganda, se ha enriquecido últimamente con una cantidad de monedas griegas y romanas, así como con una coleccion ornitológica de Australia. De Nueva-Zelandia se recibieron armas usadas por los naturales de esta isla, y gracias á estos generosos donativos, llegará el museo Borgia á ser uno de los más interesantes y completos que existen en el mundo.

—La *Gaceta de Colonia* ha dedicado un artículo de fondo á Leon XIII y á Inglaterra, y el diario liberal, que nunca cesa de atacar al Gobierno del Papa, no ha podido menos de reconocer el tacto, sabiduría y experiencia política del actual Soberano Pontífice, á quien llama *un Príncipe pacífico y un hombre de gobierno*, y á quien felicita por comprender tan bien las condiciones de la Iglesia católica, que en *Inglaterra prospera*

con magnífico desenvolvimiento. Cree que en presencia de la disolución interior del protestantismo anglicano nunca dejará de haber numerosas conversiones, y que el Papa y la Iglesia no pueden tomar una actitud provocativa en frente de Inglaterra y el Estado, porque en este momento los intereses más graves están en juego. «Nada, dice el periódico liberal, comprometería tanto el desenvolvimiento gradual del Catolicismo, como la protección directa é indirecta de los parnelistas.» Tal es lo que Leon XIII ha comprendido desde hace tiempo, con profundo conocimiento de la situación.

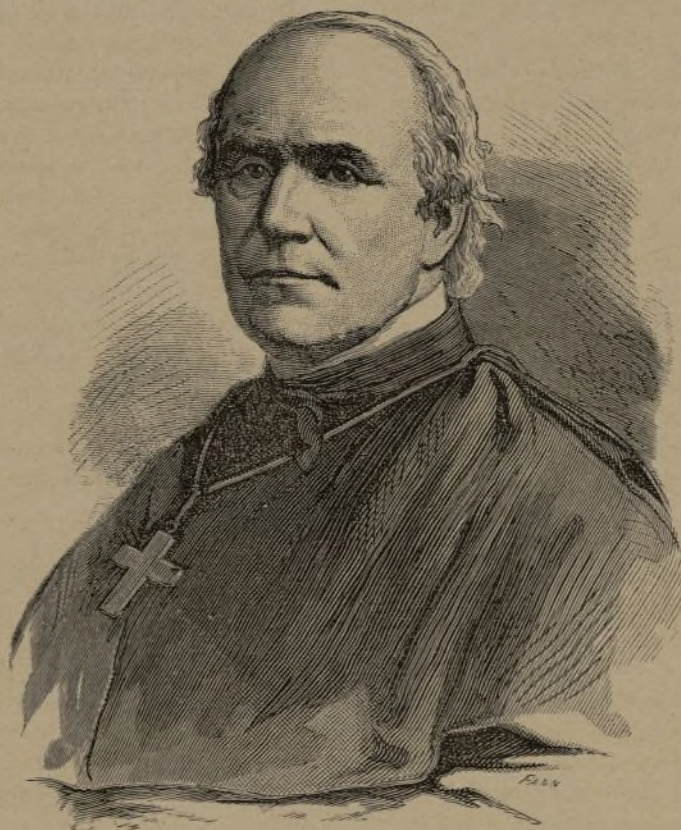
—Se está construyendo en Mataryeh (Egipto), pueblo donde vivió la sagrada Familia, y cerca de la fuente milagrosa que allí brotó hace diez y nueve siglos á ruegos de la Virgen santísima una gruta dedicada á Nuestra Señora de Lourdes. Este hermoso pensamiento se debe al Rdo. P. Jullien, de la Compañía de Jesús, superior del Colegio de la sagrada Familia en el Cairo. Los muros de la nueva gruta y capilla empiezan ya á salir del suelo, y cuando esté terminada dominará toda la llanura de Heliópolis. Así la primera fuente que brotó en el mundo por el poder de María estará bajo la advocación de la más célebre de todas, la de Lourdes, que tantos bienes espirituales causa en estos últimos tiempos.

—Los periódicos árabes anuncian la aparición de un tercer Mahdí, procedente de la Arabia y perteneciente á la secta de los Wahabitas. Dicen que tiene ya número considerable de partidarios. Estos Wahabitas representan una especie de reforma del Islam. Habitan el centro de la península arábiga, y son profundamente hostiles á los turcos y al Sultan, cuya superioridad religiosa desconocen. Al formarse, fueron rechazados á los desiertos del Nedjed por el gran general egipcio Ibrahim, hijo de Mehemet-Alí, primer virey de Egipto.

—El Concilio de Baltimore había decidido que se adoptara un Catecismo uniforme en toda la república: esta útil reforma va á ser aplicada en seguida. El Catecismo ha sido redactado por una Comisión designada por los Padres del Concilio. El Ilmo. Spaulding, obispo de Sevrío, ha hecho el depósito legal para asegurar los derechos de autor y evitar falsificaciones. El Catecismo, corto y sencillo, está sacado del de Belarmino. En adelante todas las diócesis recibirán idéntica enseñanza, lo cual da más completa idea de la gran unidad de la Iglesia católica.

—La Propaganda continúa recibiendo noticias de las buenas disposiciones de que están animados los griegos cismáticos de Turquía, los cuales, como perseveren en sus buenos propósitos, nada tendría de extraño que muy pronto dieran un gran regocijo á la Iglesia, volviendo al centro de unidad con el reconocimiento de la autoridad del Romano Pontífice.

—El cardenal Manning hace, en las *Tablettes* de Londres, un llamamiento en favor del establecimiento de una asociación del Nilo, análoga á la asociación del Congo, diciendo que si el Alto Nilo estuviera ocupado por la industria y el comercio, la trata de esclavos rápidamente moriría. Inglaterra está libre para tomar la iniciativa, y tal asociación sería un monumento consagrado al recuerdo de la heroica vida y muerte de Carlos Gordon.



Ilmo. GUILLERMO KETTELER, obispo de Maguncia. (Pág. siguiente).

Siempre el clero católico llevando la iniciativa en todos los grandes hechos, ó patrocinando las ideas salvadoras y fecundas para la civilización.

—Segun dicen de Aden, el comercio de esclavos no sólo continúa, sino que aumenta cada día en Assab con el consentimiento y aun la protección de las autoridades italianas. El método que se emplea es sencillo. Un capitán de buque de vela se presenta á pedir permiso á la autoridad para hacer una expedición á un puerto de la costa árabe, donde no existe autoridad de puerto, y declara que no lleva carga de mercancías, sino pasajeros, como el Sr. Abder-el-Anchan con su familia y sus criados en número de cuatro, de cinco ó de

seis. La autoridad del puerto, comprendiendo que esta familia es carne humana explotable, niega el permiso; pero algunas horas después el comisario civil italiano ordena la salida del comerciante de esclavos con su mercancía, después de haber visado la patente de navegación. Hé aquí á esos italianísimos, que suponen haber dado la libertad á su país rompiendo las cadenas del Pontificado y del clericalismo, y ahora encuentran muy ancho y muy cómodo el oficio de negreros. Son unos verdaderos y genuinos liberales. Quieren la libertad para sí y el látigo para los demás. Véase en cambio lo dicho antes acerca de los propósitos que animan al cardenal Manning para evitar la trata de negros. Los católicos luchando constantemente por la civilización y el progreso, y los liberales impidiendo sin cesar todo impulso que favorezca á los grandes ideales y á la felicidad de los pueblos.

—Su Santidad ha recibido en audiencia particular al Rdo. P. Giulianelli, misionero, que ha traído la respuesta bastante satisfactoria que el Emperador de China da á la Carta pontificia que le recomendaba á los misioneros.

—El 1.º de este mes salieron de Barcelona para embarcarse en Portvendre y pasar directamente á Orán dos Hermanas de la Compañía de santa Teresa de Jesús, que van á reforzar la residencia que allí tienen, acompañadas del infatigable misionero español P. Catá, y de una africana. Después de haber pasado dos meses en la capital de Cataluña este celoso sacerdote recogiendo donativos y limosnas para el desarrollo y sosten de la obra empezada, vuelve allá otra vez para darle mayor impulso. Pronto habrán de partir hasta seis Hermanas más para poder atender convenientemente á las necesidades espirituales de tantos infelices, que cada día se hallan más olvidados y desatendidos en el negocio de la salvación eterna.

El retrato que damos en la pág. 249 es del Ilmo. Guillermo Manuel, baron de Ketteler, obispo de Maguncia, que nació el 25 de diciembre de 1811. Después de haber estudiado en el colegio de Padres Jesuitas de Brig (Suiza), abrazó la carrera administrativa, que abandonó en 1838, cuando el Gobierno de Prusia se hizo perseguidor del arzobispo de Colonia. Marchó á Munich, donde estudió teología, y fué ordenado sacerdote el 1.º de junio de 1844.

Durante cinco años ejerció las funciones de párroco en su país natal, y en 1849 fué nombrado para la parroquia de Santa Eduvigis, en Berlin. El 15 de marzo del año siguiente Pio IX, conforme la presentación del Capítulo de Maguncia, nombró al baron de Ketteler para la sede que dejara vacante la muerte del ilustrísimo Kaiser. Preconizado en el consistorio de 20 de mayo, fué consagrado en Maguncia el 25 de julio de 1850. Por su energía cuando el Gobierno granducal de Hesse-Darmstadt quiso remedar las opresoras leyes prusianas eclesiásticas, mereció que se le llamara uno de los más ilustres defensores de los derechos y de la libertad de la Iglesia.

El Rdo. misionero Napoleon Francisco Libois, cuyo retrato va en la pág. 253, nació en Chambon (diócesis de Séz), el 14 de diciembre de 1805, haciéndose notar en su juventud por su piedad y modestia. Fué ordenado sacerdote en 1830, y en recompensa de su mérito se le nombró canónigo honorario.

Dios, sin embargo, le llamaba á una obra muy importante, y en 1836 entró en el Seminario de las Misiones extranjeras, donde su abnegación, su celo y su prudencia fueron en breve apreciados. Algunos meses después partió para el distrito de Hin-hoa, en el Fo-kien (China), pero tuvo que detenerse en Macao á causa de la persecución, y allí ejerció el cargo de procurador de la Mision. En 1847 pasó á Hong-kong, donde fundó la procuración general de las Misiones extranjeras. Procurar á los misioneros los medios de dirigirse á su destino y hacerles llegar, con frecuencia á costa de trabajos infinitos, los auxilios necesarios, y eso durante largas y sangrientas persecuciones, alentar y sostener á los combatientes, reemplazar las víctimas y recoger las preciosas reliquias de los mártires, tales fueron, durante veinte

y nueve años, las ocupaciones incesantes del Rdo. Libois, que fundó procuraciones en Singapore y Sang-hai.

De 1848 á 1853 ejerció las funciones de primer superior de la Mision que el Papa envió para predicar la fe á la provincia de Canton, y después durante cuatro años fué encargado provisionalmente de la Mision del Japon.

Llamado á París en 1866 para formar parte del Consejo de directores de la Sociedad de Misiones extranjeras, fué á poco enviado á Roma, donde fundó la cuarta procuración.

Los trabajos excesivos y sobre todo la influencia del clima de Oriente habia profundamente alterado su robusta constitución, y tras una crisis violenta murió en el ósculo del Señor el 6 de abril de 1872.

Del Ilmo. Juan Bessieux, de la Congregación del Espíritu Santo y sagrado Corazón de María, vicario apostólico de las Dos-Guineas, es el retrato de la pág. 257. Nació este prelado el 24 de diciembre de 1803 en Vélieux, diócesis de Montpellier. Ordenóse sacerdote en Alby, y en 1829 fué nombrado director del seminario de Saint-Pons. En 1842 entró en la antedicha Congregación, fundada el año precedente por el venerable Libermann y partió para las Misiones de Africa.

Nombrado en 1848 obispo de Callipoli y vicario apostólico de la Senegambia y de las Dos-Guineas, entonces reunidas en un mismo vicariato, fundó la Mision del Gabon. A su llegada á aquellas playas, enteramente abandonadas tocante á Religión, no encontró allí un solo católico entre los indígenas, y á su muerte, en 30 de abril de 1876, dejó una cristiandad de más de 2,000 almas.

A pesar de fatigas de toda clase llegó á la edad de setenta y cuatro años. Hacía algun tiempo que la vejez y las enfermedades ya no le permitían trabajar activamente por sí mismo en la evangelización de los infieles; pero no por eso dejó de contribuir poderosamente á ella por sus oraciones, su vida mortificada y enteramente consagrada á Dios. Venerábanle negros y europeos: los cristianos le consideraban como un santo, y los paganos, atónitos, decían que debía ser amigo del gran Espíritu. Desde el cielo continuará atrayendo las gracias de Dios sobre aquella Mision que guarda sus restos mortales.

VIAJE EN EL DESIERTO DE LA BAJA-TEBAIDA,

Á LOS CONVENTOS DE SAN ANTONIO Y DE SAN PABLO,
POR EL P. MIGUEL JULLIEN,
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, RECTOR DEL COLEGIO
DE LA SAGRADA FAMILIA, EN EL CAIRO.

XIV.

RECEPCION EN SAN PABLO.

Es de noche cuando llegamos al pié de la muralla, y muchos religiosos nos aguardan con luces. Como en San Antonio, nada de puerta, ni siquiera abertura murada, sino una gruesa cuerda para izarlos en el convento. El Ilmo. Morcos sube el primero; luego me cuelgo de la cuerda, y encuentro arriba el aposento del ascensor lleno de religiosos con cirios encendidos. En medio de ellos hay el

Ilmo. Morcos, con magníficos ornamentos pontificales de terciopelo violeta, bordados de oro.

—Ved, me dice, cómo me han vestido á pesar mio: me ha parecido debía dejar hacer, y trataré de aprovecharme de eso.

Al mismo tiempo me ponen un largo escapulario rojo y oro. Evidentemente me toman por el vicario apostólico del África central, que no ha subido aún; pero el Ilmo. Morcos me dice que no haga resistencia. Dejo que me pongan una hermosa capa del mismo color. Desde que nuestros compañeros salen del escotillon les dan cirios, y la procesion empieza.

Los Hermanos laicos y los sacerdotes, en traje ordinario, con cirios encendidos en la mano, pasan los primeros: luego vienen tres religiosos que marchan de frente, llevando estandartes rematados en cruces, la mayor en el centro, y por fin el coro de los cantores y de los turiferarios. Salmodian, en tono gangoso, una especie de letanía monótona, cuya cadencia, siempre la misma, va acompañada de címbalos y de timbres que golpean con un grueso clavo. A cada cadencia los turiferarios hacen delante de S. Ilma. profunda inclinacion seguida de tres incensaciones. Todos, al cantar, se balancean á derecha y á izquierda, á manera de los imanes que leen el Coran.

Todo eso contrasta singularmente con la gravedad y el recogimiento del Ilmo. Morcos, con hábitos pontificales y la cruz pastoral en la mano.

Transcurrió algun tiempo antes de llegar á la iglesia. Por último S. Ilma. está en el altar, se vuelve, hace enmudecer, no sin trabajo, los cantos y los instrumentos, y dirige á los religiosos una calurosa alocucion. Les da gracias por el honor que tributan á la Silla apostólica de Pedro, de la que es humilde servidor, y les exhorta á unirse á la santa y única Iglesia, fundada por Nuestro Señor Jesucristo y confiada por Él al sucesor de Pedro. Termina por algunas aclamaciones, á las que todos contestan con entusiasmo: *Amin, amin*, llevando la mano al corazon.

En seguida conducen procesionalmente á S. Ilma. al *faldistorium*, colocado en la parte de la epístola, junto al lugar de la iglesia reservado al clero. Así que toma asiento y cesan los cantos, se le presenta uno de los religiosos más ancianos y le lee en un ritual una especie de cumplimiento de bienvenida pidiéndole su bendicion. Su Ilma. contesta con algunas palabras llenas de dignidad y de afecto, insistiendo acerca la necesidad y la dicha de obedecer al verdadero vicario de Jesucristo, el Romano Pontífice, y luego bendice á toda la asistencia con la cruz de metal. Los religiosos se retiran besando la cruz y la mano del Prelado.

Queda terminada la recepcion religiosa, y va á empezar la recepcion civil. Se nos presenta á la comunidad reunida en el aposento del vicario, el abuna Jacob. Todo en su celda, como en la iglesia, es todavía más pobre y está en mayor desorden que en San Antonio, y hasta los religiosos parecen más negligentes y rústicos.

Apenas podemos reconocer al vicario entre los religiosos que nos rodean. Al abuna Jacob nada le distingue exteriormente: talla comun, barba mediana, aire tímido. Un jóven religioso hablaba comunmente por él. Los monjes son en número de veinte y cinco, nueve hermanos laicos y diez y seis sacerdotes, de los cuales diez tienen el título de ghomos. Uno de ellos, el abuna Tadros, tiene cerca de noventa años, y hace sesenta no

ha salido del monasterio. ¡Si por lo menos nuestra visita pudiese ganar esta alma, tan próxima á la eternidad!

Muchos monjes, conmovidos por las palabras del Ilmo. Morcos, procuran hablarle á solas, y Su Ilustrísima pasa parte de la noche en esas conferencias.

El aposento que nos ofrecen, sin duda la mejor y destinada á los extranjeros, no tiene vidrios en la ventanilla, y es sumamente pobre y tan poco sólida que ha de entrarse en ella con precauciones. Así nuestros huéspedes no parecen ofendidos ni admirados de que prefiramos dormir afuera, y se apresuran á extendernos tapices en las losas del patio inmediato al ascensor.

Pasamos allí una agradable noche.

XV.

LA GRUTA DE SAN PABLO.

El día siguiente todos tenemos la dicha de celebrar la santa Misa en la gruta de San Pablo, convertida en capilla desde los primeros años que siguieron á la muerte del santo eremita. Allí es donde fué alimentado con pan milagroso, donde recibió la visita de san Antonio, y donde espiró con las manos extendidas hácia el cielo, acudiendo dos leones á cavarle la fosa.

Mas escuchemos á san Jerónimo que nos hace asistir á tan conmovedores espectáculos.

«Pablo y Antonio se abrazaron mutuamente con tierna caridad, é hicieron juntos oracion, despues de lo cual, san Pablo se sentó junto á su huésped.

«—¿Decidme, os suplico, ¿cómo va el mundo? ¿Se hacen todavía en él nuevos edificios? ¿Quién reina hoy día? Hay aún hombres harto ciegos que adoren los ídolos?

«Conversando así, un cuervo les trajo un pan entero, que puso en tierra cerca de ellos.

«—¡Ved, dice Pablo, cuán bueno es el Señor! hace sesenta años que me envía cada día medio pan, y hoy que habeis llegado aquí, dobla la racion para mostrar el cuidado que tiene de los que le sirven.

«Despues de haber dirigido á Dios sus acciones de gracias, quisieron cederse recíprocamente el honor de partir el pan. Pablo insistia en los derechos de la hospitalidad, y Antonio en los de la edad. Concertáronse, por fin, y cada uno tomando el pan por su lado, guardó, tirándolo hácia sí, la porcion que le quedó en la mano.

«Toda la noche siguiente se pasó en oraciones. Pablo dijo á Antonio:

«—Mucho tiempo hace, hermano mio, que tenia conocimiento de vuestra morada en este desierto. Hé ahí que ha llegado mi última hora: el divino Maestro os ha enviado para sepultar mi cuerpo, á fin de que volváis la tierra á la tierra.

«Antonio, oyéndole hablar de su muerte próxima, deshízose en lágrimas y le conjuró que pidiese á Dios el poder seguirle en aquel pasaje.

«—Vuestros hermanos, dice Pablo, tienen aún necesidad de vuestro ejemplo. Os suplico, si esto no os es harto oneroso, que vayais á buscar el manto que os dió el obispo Atanasio, y lo traigais para sepultarme.

«Antonio no se atrevió á replicar, y contentándose con derramar lágrimas, besóle ojos y manos, y partió para su monasterio. El deseo de volver á ver á su ami-

go le hizo ser más diligente: tomó el manto, y apresuróse á volver al lado de san Pablo.

«Apenas hacia tres horas que andaba, cuando vió á Pablo subir al cielo en una brillante luz, en medio de espíritus bienaventurados. Llegando á la caverna, encontró el cuerpo del Santo arrodillado, levantada la cabeza y extendidas las manos hácia el cielo. Creyendo que Pablo vivia aún, arrodillóse á su lado para orar; mas no oyéndole suspirar como le sucedia durante la oracion, reconoció que estaba muerto y se echó á su cuello para darle un triste beso.

«Sacó el cuerpo de la caverna para darle sepultura, cantando himnos y salmos segun costumbre de la Iglesia. Como careciese de instrumentos para cavar la huesa, Dios le envió dos leones que acudieron del fondo del desierto, flotando al cuello largas crines. Antonio asustóse algo de pronto, y levantó su espíritu al Señor para implorar su auxilio. Aquellos animales se acercaron al cuerpo de san Pablo, echáronse á sus piés, le halagaron con su cola y lanzaron grandes mugidos como atestiguando á su manera el sentimiento por su muerte. En seguida, escarbando el suelo con sus garras, y echando á porfía la arena á uno y otro lado, abrieron una huesa capaz para contener los preciosos despojos del Santo; despues de lo cual, como si quisiesen pedir á Antonio la recompensa de su trabajo, se le acercaron moviendo las orejas, y bajando la cabeza le lamieron piés y manos.

«Comprendió Antonio que le pedian su bendicion, y dando gracias á Dios, hizo por ellos esta breve oracion:

«Oh Señor, que sin vuestra voluntad no cae siquiera una hoja de los árboles, ni muere la menor ave, dad á esos leones lo que vos sabéis les es necesario.»

«Hecho esto les hizo seña para que se retirasen; y tomando el santo cuerpo púsolo en la fosa, y la cubrió de arena.

«Antonio volvió á su monasterio, llevando consigo la túnica de hojas de palmera que se habia tejido el santo anciano: con ella se cubrió cada año en las fiestas de Pascua y de Pentecostes.»

La antigua capilla de San Pablo es una capilla á la que se baja por dos escaleras. El conjunto es un cuadro de nueve metros de lado, iluminado solamente por una pequeña cúpula. La capilla está orientada de Este á Oeste, y dispuesta como todas las iglesias coptas, con una sola separacion, sin embargo, aislando el santuario del resto de la iglesia. La gruta de San Pablo forma hoy la parte Noroeste del santuario y una especie de capilla lateral colocada delante y adosada á la pared del Norte.

Contra esta misma pared hay una tumba de piedra cubierta con un tapiz. El religioso interrogado nos dice primero tímidamente que es el sepulcro de san Pablo, y luego confiesa, como ya lo sabíamos, que se ignora el lugar preciso donde descansan las santas reliquias. Segun la tradicion de los monjes, san Atanasio quiso hacer transportar el santo cuerpo á Alejandría; pero san Pablo se le apareció y le dijo: «Vuestros esfuerzos son inútiles: quiero que mi cuerpo permanezca siempre ignorado.»

Cubren las paredes y bóvedas de la capilla pinturas groseras representando la vida del Santo y algunas escenas de la sagrada Escritura. Estas pinturas son obra de un religioso del convento, y no empleó en ellas otros colores que las tierras coloreadas de la montaña.

La antigua capilla de San Pablo sirve de cripta á una

iglesia edificada encima, más al Norte: la parte izquierda de la iglesia corresponde á la parte derecha de la cripta. Esta iglesia, asimismo dedicada á san Pablo, parece haber sido construida hace cosa de dos siglos, y nada ofrece de notable.

XVI.

EL CONVENTO DE SAN PABLO.

Este convento (Deir-Amba-Bulos) está situado en el lugar más solitario y horroroso que cabe imaginar. Figuraos un inmenso barreño cuyas paredes de piedra negruzca, de ochocientos metros de altura, están abiertas por numerosas quebradas; en el fondo se levantan los altos muros del convento, sombríos y sin abertura como el recinto de un mausoleo.

La vista no descubre una sola brizna de verdor en aquellas peñas desoladas: ni un ave en los aires ni un animal cualquiera anima ese espectáculo de muerte.

Verdaderamente los anacoretas de la Tebaida no podian escoger un sitio que más les hiciese olvidar el mundo y que mejor les representase la inmóvil eternidad. ¡Si por lo menos desde sus celdas pudiesen descubrir el azul de la mar! Pero no, negras colinas de escombros la ocultan á las miradas, y sólo desde la cima de la muralla del monasterio puédesse ver de ella una banda angosta.

El recinto del convento tiene la forma de un cuadro prolongado en la direccion del Este al Oeste; es mucho menos extenso que el de San Antonio, y apenas contiene hectárea y media. La entrada es á Levante: á izquierda, á lo largo de la muralla meridional, están las celdas, dispuestas casi en dos líneas paralelas: frente del ascensor hay la torre cuadrada, más vasta y mejor conservada que la de San Antonio. Parece proteger la iglesia de los monjes, situada muy cerca del lado del Mediodía, y la iglesia de San Pablo, emplazada al Norte. Huertos con palmeras, higueras y otros árboles ocupan el Norte y Poniente del cercado. Las fuentes están en una parte del jardín situado á Poniente, recientemente anexionado y separado del resto por unas viejas tapias. Hay tres, y todas tienen sabor sulfuroso: las creo menos ricas en elementos minerales que la de San Antonio.

La fuente más abundante y única que se utiliza, está hácia el Norte. Hay aún fuera del cercado, á algunos centenares de metros al Norte y al Sur, dos fuentes rodeadas de mezquinas palmeras, y en ellas abreven sus rebaños los beduinos del monte.

Á medio dia tuvimos que abandonar estos santos lugares con el sentimiento de no haber orado en ellos tan largo tiempo como deseábamos. Bien hubiéramos querido dejar á aquellos infelices monjes cismáticos cosa mejor que nuestras limosnas y las gracias por los honores y atenciones de que nos rodearon. ¡Ojalá que nuestros deseos y las ardientes exhortaciones del Ilmo. Morcos hayan encendido en algun corazon de buena voluntad la luz de la verdad y el fuego del santo amor!

Al salir del convento encontramos á dos beduinos de diez á catorce años á quienes habíamos visto la víspera. Han pasado la noche en los sacos de paja machacada que sirve de alimento á los camellos. Tiritan de frio, pues van casi desnudos, y nos piden un pedazo de pan.

Les ofrecemos llevarlos al Cairo, donde les vestiremos, les alimentaremos bien, les pagaremos sus servi-

cios, y serán siempre libres de abandonarnos si la nueva vida no les place.

Ofrecimientos inútiles: estos infelices prefieren á todo la libertad con sus miserias: confían que los religiosos del convento continuarán dándoles de vez en cuando algunos pedazos de pan; y cuando la noche sea excesivamente fría, harán una zanja en la arena, quemarán en ella algunas malezas, y se acostarán en el suelo calentado.

Vamos á pasar la noche á orillas del mar, y al día siguiente, al ponerse el sol, estaremos de nuevo en el convento de San Antonio.

XVII.

CONFERENCIA RELIGIOSA.

Durante este viaje el Ilmo. Morcos tuvo varias conferencias acerca la Iglesia y las dos naturalezas en nuestro Señor Jesucristo, con el obispo de Benissuef y con los religiosos del convento.

La más importante de aquellas conferencias y que resume todas las demás, verificóse en San Antonio la noche de nuestro regreso, en el aposento del vicario.

El Ilmo. Morcos estaba sentado solo en medio del ancho divan, y los religiosos estaban agachados en el suelo dando vuelta al aposento, junto á la pared, estando el vicario á la derecha de S. Ilma., y el ecónomo Hanna Massehudi á izquierda, frente del vicario.

Esta reunion tenia algo de solemne: el Ilmo. Morcos parecia allí como el verdadero pastor que se presenta en medio de sus ovejas que el ladron ha extraviado, y llamándolas á él: «Nuestro Señor, les dijo, no ha instituido más que una Iglesia con un solo jefe. Esta Iglesia no está limitada á tres ó cuatrocientos mil habitantes de orillas del Nilo, pues es católica ó universal. Su jefe no reside en el Cairo, sino en Roma. No es el pretendido sucesor de san Marcos, sino el sucesor de san Pedro, príncipe de los Apóstoles. Los Padres de los tres concilios ecuménicos que reconocéis, los primeros concilios de Nicea, de Constantinopla y de Éfeso, pertenecían á esa verdadera Iglesia y proclamaban como jefe al sucesor de san Pedro, como lo prueban sus decretos. San Antonio y san Pablo, vuestros venerados padres, estaban como el grande Atanasio, por la obediencia al Pontífice de Roma.

«Vosotros mismos cantais en la misa, el día de san Pedro, estas hermosas palabras que proclaman su primacía: «Salud á nuestro Padre Pedro, á quien Jesucristo estableció Jefe de los Apóstoles; salud á nuestro «Padre Pablo, lengua untuosa, maestro de las naciones;

«salud á nuestro Padre Pedro, que posee la autoridad «de atar y desatar los pecados; salud á Pablo, cuyas palabras han llegado hasta las extremidades de la tierra.»

«Además, vuestro Ritual dice de san Pedro que Dios le ha confiado la obra de sus manos y la llave del reino de los cielos. Puede recordaros aún la lección que recitais en la misa para la fiesta de la consagración de la iglesia de la Virgen en Cesárea. En ella se dice que el Salvador, llevando en alas de Querubines y rodeado de sus Apóstoles, vino á trazar en el suelo el plano del edificio y el dibujo de su arquitectura; luego impuso las manos en la cabeza de nuestro Padre Pedro, y le creó y le constituyó jefe de toda la jerarquía en la tierra, y dióle el poder de atar y desatar. Entonces hubo extraordinario gozo en el cielo y en la tierra, y todos exclamaron: *Dignus, dignus, dignus*.

«Finalmente, ¿no teneis una fiesta especial para celebrar la primacía de san Pedro?»

Su Ilma. invita al vicario y á los religiosos á que expongan sus dudas y dificultades con toda libertad, que está pronto á contestarles.

El abuna Hanna empieza por las añejas objeciones que tienen en sus manuales de teología. Evidentemente estaba preparado. Su Ilma. contesta á cada una en breves palabras, con mucha sencillez y autoridad, usando frecuentemente de comparaciones *ad hominem*.

«Decís que san Pedro no es jefe de los Apóstoles porque una vez san Pablo le reprendió. Pues bien; pregunto yo ahora. Si un día creéis deber hacer una observación, aún algo viva, á vuestro superior, al Ghomos Bulos, ¿acaso deberán concluir todos que éste no es vuestro jefe?»

El abuna queda asombrado; acepta la respuesta de S. Ilma. y no insiste.

Otros religiosos hacen objeciones verdaderamente infantiles, y á todas contesta con brevedad.

El vicario habla poco; lo escucha todo con la mayor atención y parece contrariado. Repetidas veces el ilustrísimo Morcos le pregunta si tales discusiones le placen; pues está pronto á retirarse antes que causarle el menor disgusto, y sólo discute para serle útil.

—¡Oh, no! contesta el vicario; todo esto me interesa.

Sin embargo, una vez el Ghomos-Bulos le interrumpió con alguna viveza:

—¿Decís, pues, que quien no hace en todo la voluntad del Papa se condena?

—He dicho que se condena quien no obedece á Jesucristo, y que Jesucristo ha ordenado obedecer al Papa en lo que concierne á las costumbres y á la fe. Ahora juzgad vos mismo.

Aquellas buenas gentes imaginaban que una vez sometidos al Sumo Pontífice sus obispos no podían ha-



Rdo. FRANCISCO LIBOIS, procurador de las Misiones en Roma.
(Pág. 250).

cer ordenaciones, nombrar los curas y administrar los bienes de la Iglesia sin pedir para todas las cosas permiso del Papa.

Sin embargo, decían, los Apóstoles viajaban, predicaban y regían sus iglesias sin pedir tantos permisos á san Pedro.

Su Ilma. tuvo que fatigarse por hacerles comprender cuán pueriles eran sus temores, y cuán lata y suave es la conducta del Padre Santo con los obispos y sacerdotes, á quienes deja la más grande iniciativa para el gobierno de las almas que les están encomendadas. No sé si logró desengañarlos á todos.

Respecto á la cuestión de las dos naturalezas en nuestro Señor Jesucristo, fué imposible discutirla teológicamente y ni aun precisarla. Aquellos infelices cismáticos son completamente ajenos á las cosas filosóficas, y confunden la naturaleza y la persona. Por lo demás, consideran esto una cuestión secundaria.

—Que se esté por una naturaleza ó por dos, dijo uno de los principales asistentes, que al parecer hablaba en nombre de todos, eso poco importa: basta creer en la divinidad de nuestro Señor Jesucristo para salvarse.

Estupefacto ante tamaña respuesta, S. Ilma. comprendió que era inútil pasar adelante. Su tranquilidad en esta ocasión fué notable: su aire de autoridad y de bondad se imponía á todos. Su palabra era la de la verdad dominando el error, la luz penetrando en medio de las tinieblas, la voz del buen Pastor que afirma su abnegación y sus derechos. No sé lo que pasó en las conversaciones íntimas que siguieron á esta reunión y que se prolongaron hasta muy entrada la noche. Tal vez nos lo descubra el porvenir.

El día siguiente celebrámos la santa Misa en la antigua capilla de San Antonio.

Durante el desayuno nos presentan el registro de los viajeros, que remonta á quince años y sólo contiene tres inscripciones. El coronel de Estado mayor Pindy y los oficiales de su séquito, en junio de 1871. Un viajero inglés, en enero de 1875; y el célebre explorador del Africa, G. Schwemphirth, con el astrónomo Güssfeldt, en abril de 1877. Inscríbimos en francés nuestra gratitud hácia nuestros huéspedes y nuestro piadoso deseo. ¡Que la divina verdad ilumine esos corazones cristianos, dignos de más luz!

Entre tanto el ecónomo se ocupa en nuestras provisiones de viaje, á las que añade carne cruda de carnero, diciéndonos que podremos usarlas en el desierto en las baquetas de los fusiles de nuestros beduinos. Esta idea fué realizada con éxito: las armas no tuvieron otro uso.

La despedida fué algo conmovedora: pareceme que todos sentíamos en el corazón más de lo que podíamos expresar, pues la palabra espiraba en los labios. Por fin, á medio día tomamos de nuevo el largo camino del desierto que ya conocemos, haciendo casi las mismas jornadas.

XVIII.

EL DESIERTO.

Se ha dicho que el desierto no es extraño á esa preocupación de la eternidad que los egipcios, más que todo otro pueblo idólatra, han escrito en sus antiguos monumentos. Pudiera quizá añadirse que favoreció el prodigioso desarrollo de la vida monástica en el Egipto en los primeros siglos del Cristianismo. Aquellos inmen-

ses y silenciosos desiertos que el habitante del valle del Nilo tiene sin cesar ante los ojos, que comienzan allí donde fine su campo, que le estrechan y cierran entre el río y la arena, entre la vida y la muerte, ¿no son para él un continuo *memento mori*? ¿No le dicen que la vida es un angosto valle que se cruza aprisa, y á la otra parte del cual se entra en la inmensidad y en la eternidad? Para el egipcio de hoy el desierto tiene algo de misterioso; lo teme, y se asombra de que nosotros, extranjeros, nos lancemos en esas soledades sin que á ello nos muevan graves intereses. Hasta nuestros camelleros, que desde luengos años van dos veces anualmente á aprovisionar los monasterios, temen penetrar solos en el desierto y andar por él en la oscuridad.

Cierto día, al cabo de una hora de camino, advertieron que habían olvidado en el campamento su saquito de harina. Era ya muy claro y hacía mucho tiempo que no habíamos visto beduinos: sin embargo, ninguno de ellos tuvo valor para ir á buscar solo el saco olvidado, y partieron dos.

Cerca del mar Rojo dijimos á dos jóvenes beduinos que nos habían seguido, que pasasen por la arena de la orilla á fin de recogerlos mariscos, mientras que la caravana permanecía en el sendero á un kilómetro del mar. Pusiéronse en marcha, mas luego, como se acercase el crepúsculo de la tarde, tuvieron miedo y regresaron. ¡Pobres niños! y eso que nada podían robarles, ni siquiera los vestidos.

Para nosotros, libres de tales temores, el desierto, á pesar de sus privaciones, fué el mejor descanso. Aunque todos estuviésemos más ó menos fatigados al partir, desde el primer día de desierto ya no padecimos dolores de estómago ni de cabeza, ni opresiones de pecho.

Todo alimento nos parecía excelente, y hasta la galleta nos era apetitosa. Sobre aquellas mesetas la pureza del aire, el cielo sin nubes, el suelo sin humedad, dan á todas las funciones de la vida una actividad nueva que destierra todo malestar. Y después ¡qué alivio! de día, ninguna mosca que nos incomode, y de noche, ningún mosquito que nos amenace.

Algunas semanas pasadas en el desierto con esas mil comodidades que los progresos de la industria permite transportar á todas partes, serían quizá el mejor remedio para la anemia tan común entre los habitantes de nuestras grandes ciudades.

Sin duda el aire del desierto contribuyó mucho á la longevidad de los santos anacoretas. San Pablo vivió en él hasta ciento quince años, y san Antonio hasta ciento cinco; san Pafnucio, san Macario y otros muchos solitarios de la Tebaida y de Nitria alcanzaron asimismo una edad muy avanzada.

Dos palabras acerca el desierto que atravesamos. El Nilo entra en Edju (811 kilómetros del Cairo) en una gran meseta calcárea eocena, de formación numulítica. Vistos desde el valle del Nilo, los altos declives de la meseta parecen dos cordilleras de montañas á las que se da el nombre de cadena líbica y cadena arábiga; la primera está al Occidente y la segunda al Oriente. La meseta del desierto líbico ú occidental conserva aproximadamente en todas partes una altura de 300 á 400 metros sobre el nivel del mar. Llueve allí muy raras veces; así es que sólo presenta rara y mezquina vegetación esporádica. Muy distinto es el aspecto de la meseta arábiga ú oriental, que se eleva por grados alejándose del Nilo hasta una altura de 1,500 metros. En todas partes la

surcan ramblas cavadas por las aguas torrenciales en los que se encuentra casi siempre una vegetación especial bastante variada. Son los *uadis* del desierto.

El límite oriental de la meseta numulítica es, según M. G. Schweinfurth, una línea recta de Suez á Kené. Más allá de esta línea es un macizo de peñas que forma, á lo largo del mar Rojo, una cadena de montañas, especie de cordilleras del Egipto.

Las lluvias en esta parte del Nilo, y sobre todo cerca del mar Rojo, son bastante frecuentes desde fines de octubre hasta mediados de abril; pero son muy irregulares, y caen en forma de chubascos locales poco extensos. «Así no es raro, nos dijeron los monjes de San Antonio, que pasemos uno ó dos años sin lluvia.» Sin embargo, esas fortuitas ausencias de lluvias no destruyen toda vegetación: la naturaleza de las rocas calcáreas permite á las aguas pluviales infiltrarse profundamente y llegar hasta valles distantes, sin contar además que las plantas del desierto necesitan poca agua. La abundancia relativa de lluvias en ese desierto oriental es debida sin duda á las montañas de las dos orillas del golfo de Suez, que detienen y condensan los vapores que los vientos reinantes de Noroeste llevan del Mediterráneo.

Las riquezas minerales son considerables. En los montes situados al Sur de San Pablo encuéntrase canteras de pórfido rojo antiguo tan comun en los edificios de la antigua Roma. Los mármoles de diversos colores, los alabastros y ocre de todos matices abundan en las montañas calcáreas y en la meseta numulítica. Estas ricas canteras eran explotadas en tiempo de los romanos, mas hoy son ignoradas. Los beduinos no traen del desierto más que alabastro y sal.

El alabastro se encuentra á flor de tierra, al pié de los ribazos. Lo hemos visto en gran cantidad en el puerto de El Miah. Estas piedras tenían el aspecto esponjoso y el color amarillento de la toba calcárea, no excediendo en volúmen de dos ó tres decímetros cúbicos. Son una mezcla de espejuelo y de arena sílice.

La sal encuéntrase en todas partes en la arena seca del desierto bajo la forma de piedras blancas y mates como cuarzo lechoso. Los beduinos conocen por el aspecto y por el gusto la arena que lo cubre, y bástaless comunmente apartarla con la mano para hallar la piedra de sal. Esta forma objeto de un comercio de contrabando entre los beduinos y los comerciantes del Cairo.

Los fósiles de la meseta numulítica son los del monte Mokatan, á las puertas del Cairo. En los torrentes inmediatos á San Pablo los esquinos (*epiaster*) menudean como los guijarros en la grava. Cerca de San Antonio vense peñas llenas de grifeos vesiculares que recuerdan la piedra de Sain-Cyr-au-Mont-Doré, cerca de Lyon.

Las dos plantas que el M. G. Schweinfurth señala como caracterizando los uadis de esta meseta, son la artemisa de Judea y la *retama rætam*, especie de ginesta de tres ó cuatro metros de altura, de la que no comen los camellos. Notamos también el *cleome droserifolia*, hermosa planta odorífera cuyas hojas viscosas se cubren de arena adherente, la *æerva javanica*, la *pulicaria undulata*, y otras plantas olorosas que nuestros conductores metían en la albarda de los camellos para corregir el mal olor del animal.

En aquella meseta no encontramos cuadrúpedo alguno; sólo alguna vez, junto á la espesura de la hierba, adviértese la huella de los piés de la ligera gacela en el duro suelo, y los gruesos hoyos del *uaran* ó cocodrilo

del desierto. Los camelleros nos confesaron que nunca habían muerto una gacela ó pieza de caza mayor en aquellos parajes.

Durante los diez días de viaje á través del desierto, no encontramos más que seis bebuinos, siempre dos juntos, y todos en busca de camellos robados. Dos de aquellos habían viajado quince días hasta Kené.

Cuando el camello ha sido robado en el desierto, el propietario se hace justicia por sí mismo; si no puede hacerse volver el animal, roba á su vez por compensación. No tiene recurso al cadí sino cuando el robo se cometió en poblado y si puede presentar testigos. Entonces se condena al culpable á la restitución y á la cárcel; según la costumbre establecida deberá dar un segundo camello, de lo contrario se toma venganza.

Las dos ó tres familias de beduinos que encontramos á la entrada de los monasterios eran de un moreno negro muy pronunciado, que de lejos hacia que se les tomase por negros. El Ilmo. Sogaro les encontró mucha semejanza con los suaves y robustos bicharris que antes de la rebelión presente conducían las caravanas entre Suakin y Berber. Pertenecían, en efecto, á la tribu de los ababdes, aliada de la tribu de los bicharris.

XIX Y ÚLTIMO.

EL REGRESO.

Á la una llegamos al Nilo. El tren que descende del Cairo, nos tomará á las tres y media en Benisuef, y la estación está á nuestro frente. Pero ¿cómo llegar á ella? El barquero está en la opuesta orilla, y sabe Dios cuándo querrá venir á transportarnos.

Nuestros camelleros, deseosos tanto como nosotros de acabar pronto, le llaman con todas sus fuerzas, echando puñados de arena al aire, como hacen en el desierto; pero en vano. El barquero impasible continúa sentado en la playa, aguardando sin duda pasajeros para no tener que venir vacío. Á pesar nuestro damos muestra de indiferencia indígena, y para distraer el mal humor preparamos tranquilamente la comida.

Otro rasgo de costumbres: mientras que por tres piastras (75 céntimos de peseta) tenemos un buen plato de cinco hermosos peces, el camellero intermediario de la compra se adjudica por su *bakchiche* (propina) otros seis peces, no menos hermosos que los nuestros, proceder que de ningún modo extraña al viejo pescador. Diré de paso que alguno de esos peces (*silurus bayad*, Fors.) tenían en los labios dos barbillos gruesos y prolongados como las puntas más largas del puerco espin. Verdaderamente en Egipto hay curiosidades de todo género.

Por último, pasamos el río. Acudimos presurosos á la estación; mas... partió el tren, y perdemos un día. ¡Feliz contratiempo, sin embargo! gustaremos otro género de locomoción. Una barca nos conducirá de noche á Vasta, donde pasa por la mañana el tren que viene de Fayum.

El viento es contrario: no importa; adelantamos siquiera bordeando. Numerosas barcas remontan el Nilo y muy bien pudiéramos chocar en las tinieblas, si nuestros marineros no estuviesen sumamente atentos á dar voces de alerta.

Multitud de gente se cruza por ese hermoso río, y de noche parece tan bullicioso como de día. El comercio del Egipto y de una parte del Sudan pasa por aquí sin

peligro y casi sin gastos en millares de pequeños veleros: así el Egipto llama á su Nilo *El-Bahr*, la mar.

Pasamos sin advertirlo delante de una antigua iglesia cismática de la orilla derecha, llamada convento de San Antonio, que es probablemente el antiguo monasterio de Pispír, donde el Santo acudía á recibir á los extranjeros.

Algunas horas más tarde entrámos de nuevo en la capital.

Al cántico de accion de gracias por el feliz éxito de nuestro viaje se unian los santos deseos de corazones apostólicos respecto á los infelices monjes del desierto: *Illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent, ad dirigendos pedes eorum in viam pacis.* (Luc. 1, 79).

TERCER CONCILIO PLENARIO DE BALTIMORE.

Merece ser consignado el siguiente importantísimo documento acerca el objeto y deliberaciones del Concilio celebrado recientemente en los Estados-Unidos de América.

*Los Arzobispos y Obispos de los Estados-Unidos,
reunidos en el tercer Concilio Plenario,
á su clero y fieles.*



A gracia y paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros.

Venerables Hermanos del clero y queridos hijos laicos.

Diez y ocho años van trascurridos desde que nuestros predecesores se reunieron por segunda vez en Concilio plenario para promover la uniformidad de la disciplina, proveer á las necesidades del momento y buscar nuevos medios para conservar y difundir nuestra santa Religion y que se hallasen en consonancia con el grande incremento de nuestra católica poblacion. Durante este intervalo, los Prelados, clero y fieles han podido apreciar el celo, piedad y prudencia que inspiraron los decretos de aquellos venerables Padres y han aprovechado sus enseñanzas, cuyo objeto era ó precaverlos contra los peligros, ó exhortarlos, ó alentarlos al bien. Por esto es que la Iglesia americana profundamente siente y cordialmente proclama su gratitud hácia aquellos que le proporcionaron el tesoro de tan sabia y oportuna legislacion. Sus autores en gran parte nos han precedido con la señal de la fe y duermen en el sueño de la paz; pero sus obras, despues de haberles seguido (*Apoc.*) al temible tribunal del gran Juez, para hablar en favor suyo y asegurar la recompensa, permanecen entre nosotros fecundas en bendiciones para el clero y pueblo de su generacion.

De entonces acá, nuestro clero y pueblo católico han ido tomando colosales proporciones, nuestras instituciones se han decuplicado con el correspondiente aumento de la fe en el pueblo. A todo esto, se ensanchan los territorios aptos para recibir la semilla. Las tierras lejanas del Occidente, desoladas en un tiempo y cubiertas de abrojos, por la Providencia del Señor florecen hoy como fragantes lirios. Los que antes eran áridos desiertos, cambiados en centros de vida y actividad, han recibido con la civilizacion las sagradas enseñanzas de los misioneros, que, seguidos de colonos católicos, acompañan ó siguen siempre los pasos del progreso. Los bosques, convertidos en ciudades, guarecen

numerosos templos, de donde diariamente se eleva, con el eco de las alabanzas al Todopoderoso, la «oblacion pura» predicha por Malaquías, y sirven de punto de reunion donde un clero devoto reparte al pueblo fiel los Sacramentos de vida de la santa Iglesia.

OBJETO DEL CONCILIO.

En vista de estos progresos de nuestra santa Religion y de la maravillosa extension de los tabernáculos de Jacob, se ha creído expediente, si no absolutamente necesario, examinar de nuevo la legislacion de nuestros predecesores, no para efectuar en ella cambios radicales, y mucho menos para abrogarla, sino para conservar y perfeccionar su espíritu, adaptándola á nuestras nuevas necesidades. Y pues cada día aparecen nuevos errores y el tiempo va dando lugar á abusos, que sin sentir se introducen en la disciplina, hemos creído de nuestro deber pastoral poner término á los últimos, recordando y dando vigor á las leyes establecidas, y precaver á nuestro rebaño contra los primeros, con enseñanzas oportunas y paternales advertencias.

Tal ha sido tambien el deseo y mandato de nuestro Santo Padre Leon XIII que felizmente reina, á quien de derecho, como sucesor que es del Príncipe de los Apóstoles, corresponde el poder de convocar nuestro Tercer Concilio nacional ó plenario y de señalar (como bondadosamente ha hecho) el Delegado apostólico para presidir sus deliberaciones.

Uno de los mayores acontecimientos que ha presenciado nuestro siglo fué la reunion hecha por Pio IX, de feliz memoria, del gran Concilio Vaticano. Tuvo lugar tres años despues de la clausura de nuestro segundo Concilio plenario, y todos ó casi todos sus miembros, y aun algunos de los que hoy han formado el gran Concilio plenario, gozaron el raro privilegio de sentarse con los otros Príncipes de la Iglesia en el Concilio Euménico de nuestra época. Su más importante tarea fué condenar los más trascendentales y seductores errores de estos tiempos y completar la legislacion sobre importantes puntos de disciplina que, aunque examinados y discutidos, no fueron decididos por el Concilio de Trento. Lo mismo que éste, el Concilio Vaticano fué interrumpido por las turbaciones de Europa, y los Padres se vieron precisados á dejar la obra incompleta, volviendo algunos á las regiones occidentales y otros hasta las apartadas comarcas del África. Nosotros elevamos al cielo nuestras oraciones, alimentando la esperanza de que el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, que siempre está preparado para consolar á su Iglesia en todas sus tribulaciones y tiene en sus manos los consejos de los príncipes y destinos de los pueblos, se dignará volver á reunir en tiempo oportuno á los Prelados presentes, ó bien á sus sucesores, sobre la tumba de san Pedro ó en cualquier otra parte, como más convenga á su infinita sabiduría. El Concilio Vaticano, sin embargo, corroboró con su infalible autoridad, durante las breves sesiones que celebró en el espacio de siete meses, algunas de las principales verdades que la Iglesia habia invariablemente enseñado desde el tiempo de nuestro Señor Jesucristo y de los Apóstoles, pero que creyó necesario volver á recordar é inculcar una vez más contra el escepticismo que reina en todas partes ó incredulidad de nuestros días. Mientras condenaba la

filosofía, tan perniciosa como falsa y preñada de contradicciones, de los dos últimos siglos, y especialmente del presente, defendía á la par (tal es el lamentable estado de decadencia de aquellos que se rebelaron contra la divina mision de enseñar á todas las naciones) la verdad y la divinidad de los Libros sagrados contra los hijos de aquellos mismos que una vez apelaban á la sagrada Escritura para rechazar sus enseñanzas, no menos que la dignidad y verdadero valor de la humana razon contra los descendientes por línea recta de los que la proclamaron como suprema y única regla de sus creencias, escogiendo, segun sus dictámenes, los misterios que habian de retener y los que debian rechazar. Noblemente cumplió con su deber, y afirmó en presencia de un mundo frívolo ó incrédulo, que la razon es el mejor y más elevado don de Dios que el hombre posee en el orden natural, y que este saluberrimo auxilio de sus debilidades, no sólo no es debilitado, sino más bien fortalecido, alentado y ennoblecido por el don sobrenatural de la divina revelacion.

Nosotros no tenemos razon para temer que vosotros, amadísimos hermanos, podais del mismo modo dejaros seducir por estas ú otras falsas doctrinas condenadas por el Concilio Vaticano, como son el materialismo, que niega á Dios el poder de crear, de revelar al género humano sus escondidas verdades, ó de manifestar por medio de milagros su Omnipotencia en este mundo, que es obra de sus manos. Mas tampoco se nos oculta ser un hecho evidente que maestros del escepticismo é irreligion trabajan sin descanso entre nosotros.

Estos tales se han entremetido en los centros de educacion de nuestros conciudadanos no católicos; se han manifestado (aunque raras veces) ya por la prensa pública, ya por los diarios, y aun en la tribuna y púlpitos. Nosotros descansaríamos de buena gana tranquilamente en el innato buen sentido del pueblo americano y en su habitual reverencia hácia Dios y la religion, que ha sido su justo orgullo y gloria, si no viésemos en esto un no pequeño peligro de la difusion de las antisociales teorías que ó ignoran la revelacion, ó minan la moralidad, ó conducen no pocas veces á desterrar á Dios de su propia creacion.

Mas cuando nos fijamos en las señales que manifiestan el incremento que, de día en día, va tomando la incredulidad, y vemos cómo sus corifeos, no solamente procuran amoldar á sus ideas la juventud en nuestros

colegios y asientos del saber, sino que además trabajan con grande actividad entre las masas, no podemos menos de estremecernos á vista de los peligros que nos amenazan. Y cuando á esto añadimos el rápido desenvolvimiento de la mentida civilizacion, que esconde su falsedad bajo el nombre de ilustracion, rindiendo de hecho franca adoracion á las riquezas, buscando con anhelo en todos casos comodidades y placeres para el bienestar físico del hombre, mirando con indiferencia, ó antes bien despreciando los bienes de la parte más noble y mejor de su naturaleza, no podemos menos de presentir que sobre todo esto debe crecer el materialismo bruto, terreno el más á propósito para recibir la semilla de la incredulidad que amenaza asolar la nacion en día no lejano. Lo primero que perecerá serán nuestras libertades; porque hombres que no conocen á Dios

ni á la religion, jamás podrán respetar los derechos inalienables que el hombre ha recibido de su Criador. El Estado, en tal caso, vendria á ser un despotismo, bien sea que el poder estuviese colocado en manos de uno ó de muchos.

A vosotros, amadísimos hermanos, que poseeis el tesoro de la fe católica, podemos dirigir sin peligro los reiterados mandatos del Señor al caudillo escogido de su pueblo. «*Esfuérzate y ten buen ánimo; ámate, pues, y ármate de fortaleza; mira que Yo soy el que te lo mando; buen ánimo y sé constante: no temas ni desmayes, porque contigo está el Señor Dios tuyo, á cualquier parte que vayas.*» (Jos. 1, 6, 7, 8 y 9).» La última cláusula nos da la razon por que debemos tener ánimo

y ser fuertes; y el versículo intermedio nos da los medios de obtener la asistencia de Dios: «*No solteis de vuestras manos el libro que contiene esta ley; sino medita en él día y noche, para que podais observar y hacer lo que en él está escrito.*» Tened, pues, día y noche delante de vuestra vista la ley del Señor y sus enseñanzas, segun las propone la santa Iglesia que él estableció como madre y maestra de todos los hombres. Huid la lectura de todo libro infiel, y arrancadlos de las manos de vuestros hijos, como si fuesen veneno de áspides ó basiliscos. Enseñadles que escuchando á la Iglesia se sigue la direccion de aquel que dijo: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida.*» Duden otros, ó nieguen; mas vosotros decid con el Apóstol: «*Bien sé de quién me he fiado, y estoy cierto de que es poderoso para conservar mi depósito hasta el último día.*»



Ilmo. JUAN BESSIEUX, vicario apostólico de las Dos Guineas. (Pág. 250).

Cristo nuestro Señor encomendó á sus Apóstoles enseñar al género humano las verdades que habian sido enseñadas por Él. Ellos no recibieron mandato de escribir doctrina alguna; y mucho menos de formar un cuerpo de artículos de fe, segun los aprenden ahora nuestros hijos en el Catecismo. Los Apóstoles predicaron y enseñaron por medio de la palabra salida de sus labios, ó, cuando se les ofreció la ocasion, escribieron segun que el divino Espíritu se lo dictaba. Así, pues, tanto lo que escribieron como lo que comunicaron por medio de instrucciones hechas de viva voz, es igualmente la palabra de Dios. Y esta doble palabra, escrita y no escrita, es el depósito de la divina verdad, encomendada á los guardianes de la santa Iglesia católica, y principalmente á aquel sobre quien la Iglesia fué fundada, esto es, el solo Apóstol que en todo el sentido de la palabra vive aún y gobierna en la persona de su sucesor, y el que desde la cátedra infalible comunica la verdad de la fe cristiana á cuantos la buscan. Este tiene el deber de confirmar á sus hermanos, y la historia de la Iglesia nos le presenta desde su fundacion y al través de las edades cumpliendo fidelísimamente el cargo que le encomendó su divino Maestro. Desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta nuestros dias, la voz de Pedro ha estado firme, condenando toda desviacion de la doctrina apostólica. Las amenazas de los poderes mundanales jamás han podido estorbar ó imponer silencio á esta voz. Á las amenazas del mundo, Pedro, por los sucesores, ha dado siempre la misma respuesta que en Jerusalem dió á la asamblea de ancianos y sacerdotes. Conivencia de ningun género con los príncipes y potestades de la tierra no ha llevado á Roma á simpatizar con el error, como tampoco la más disimulada herejía ha podido burlar su ojo siempre vigilante. Tan pronto como aparecía alguna novedad, todos los corazones y los ojos se volvían á la Cátedra de Pedro, y cuando esta Cátedra daba su decision el pueblo cristiano se sometía gozoso. Los que así no procedían eran separados de la comunión de los fieles y tenidos por étnicos y publicanos.

El Concilio Vaticano creyó que tal doctrina, profundamente grabada en la vida y accion de la Iglesia, debía ser consagrada por una solemne definicion. Por tanto, nadie en lo futuro podrá alegar ignorancia de las fuentes por medio de las cuales la Iglesia enseña oficialmente; y sobre todo nadie podrá esparcir de hoy más la mala semilla de la falsa doctrina con impunidad, so pretexto de apelar del juicio de la Santa Sede, ya sea á las ilustres Universidades ó á los Tribunales del Estado, ó al futuro Concilio, como hicieron Lutero y los jansenistas, puesto que la Iglesia del Dios vivo por medio del Concilio Vaticano ha infaliblemente declarado que su intérprete auténtico es el sucesor de san Pedro en la Sede Apostólica de Roma, y que lo que él como cabeza de la Iglesia oficialmente decide es parte del depósito de la fe, confiado por Cristo nuestro Señor á sus cuidados, y no sujeto por ende á negacion, ni á duda, ni á revision, sino que debe ser recibido á la vez y creído.

Nada hay de nuevo en esta declaracion autoritativa que pueda causarnos maravilla. Es únicamente la solemne sancion de una definicion sobre lo que ha sido siempre la fe y la práctica de la Iglesia. Y así, las puertas del infierno, los poderes de las tinieblas que se lanzarán siempre contra la Iglesia edificada sobre Pedro, á pesar de que saben (pues los diablos creen y tiemblan)

que no prevalecerán contra ella ni harán vana la promesa de Dios, parece haber dejado sus oscuras mansiones y haber manifestado nuevo furor á la proclamacion de esta gran verdad. La impotente rabia ha hallado ¡ay! eco sobre la tierra. Diríase que la definicion ha levantado un torbellino de vituperios, vociferaciones y fiera que pocas veces habíamos presenciado en el campo enemigo. Un miserable puñado de apóstatas católicos se separaron de nosotros; pero no eran de los nuestros (*Jac. II, 19*). Mas lo que todavía parece más alarmante, fué el convenio de los reyes y de los príncipes contra el Señor y contra su ungido Vicario, por causa de la definicion. Renovóse la antigua algarada levantada por los judíos contra nuestro Salvador y repetida por los perseguidores de todas las edades. Se pretende que, al definir la infalibilidad del sucesor de san Pedro, la Iglesia se ha declarado enemiga del César, dejándose ver en esto verificado el duro lenguaje de la Escritura: «La iniquidad se ha mentido á sí misma. (*Ps. xxvi, 19*).» No es el Papa, aun despues de la proclamacion de su infalibilidad, enemigo del César, ni de los Gobiernos humanos, como no fué el infalible Pedro enemigo de Neron, ó Cristo Señor nuestro, que es infalible verdad, enemigo de Augusto ó de Tiberio, bajo cuyos reinados vino al mundo, enseñó y sufrió. Los Gobiernos que hace tres siglos han venido imponiendo las nuevas doctrinas de Lutero, Zuinglio y Calvino, por medio de la espada, á pueblos que la rechazaban, fueron, sí, los primeros de todos en desenvainarla, hoy como entonces, contra los fieles católicos, y especialmente contra los Obispos y el clero. Su propósito fué exterminar por grados la jerarquía de la Iglesia católica, y reemplazarla por un sacerdocio servil que subordinase su predicacion y ministerio á la voluntad del Estado. Para conseguirlo, no han dudado infringir con desprecio solemnes tratados y leyes orgánicas. Mas los católicos de Prusia, el clero y el pueblo, á la vez que mostraron su obediencia y fiel apoyo á las leyes patrias, se han mantenido firmes como un muro de diamante contra la tiranía de sus legisladores. Emplean con generoso valor y admirable constancia todos los medios legales que les permite la Constitucion para contrarrestar los adelantos del despotismo y salvar su propia libertad y la de su país; dan al mundo un gloriosísimo ejemplo, y debemos esperar que las víctimas que el tiránico liberalismo ha hecho en naciones católicas tendrán algun día imitadores de igual sabiduría y valor. Catorce años hace que se trabó la lucha que aun persiste; pero los amigos, aun los más decididos de la presente legislacion, que á su sombra mantienen la persecucion, se han visto, por fin, obligados á reconocer que tal proceder ha sido un lamentable desacierto; y no menor prueba de ello podrá suministraros el mero hecho de que los legisladores de Prusia hayan tenido que echarse en brazos del patriotismo de la parte católica para poder contener la amenazadora marcha del socialismo y de la revolucion. En Suiza tambien ha tenido la persecucion que someterse á la política de mansedumbre y conciliacion adoptada por nuestro Santo Padre Leon XIII.

Ínútil seria, amadísimos hermanos, exhortaros á abrazar resueltamente esta doctrina del Concilio Vaticano, porque fuisteis conducidos á creerla desde la infancia, del mismo modo que lo hicieron vuestros padres antes de haber sido revestida con las formalidades de una definicion, y como los primeros cristianos abrazaron fir-

memente la de la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo tres siglos antes que la Iglesia creyese necesario definirla en los concilios de Nicea y de Bizancio.

Escritores y oradores que sólo conocen á la Iglesia por medio de caricaturas, efecto de falsas prevenciones contra ella, han producido de cuando en cuando en nuestra propia patria contra ella este cargo que es el de siempre; pero el buen sentido del pueblo americano, despreciando locales y transitorias instigaciones, ha prevalecido siempre contra la calumnia.

Nos juzgamos por lo demás bastante conocedores de las leyes, instituciones y espíritu de la Iglesia católica, no menos que de las leyes, instituciones y espíritu de nuestra nación; y declaramos, con énfasis, no existir antagonismo entre ambas. Un católico se halla en los Estados-Unidos como en su misma casa, porque aquí se ha ejercido siempre la influencia de su Iglesia respecto á los derechos individuales y á las libertades populares. Y ningún americano de ánimo recto se halla en ninguna parte más entre los suyos, que en el seno de la Iglesia católica, pues no hay parte alguna donde pueda respirar esa mejor atmósfera divina de la verdad en el seno de la cual puede hallarse únicamente la libertad.

Rechazamos con igual energía la asercion de que nosotros necesitamos disminuir nuestra sumision á la Iglesia para ser verdaderos americanos, y la idea insinuada por algunos de ser necesario que nosotros dejemos de amar algun tanto los principios é instituciones de nuestro país para poder ser fervorosos católicos. Argüir que la Iglesia católica es hostil á nuestra gran República, porque enseña «no existir poder alguno independiente del de Dios,» y porque ve, por lo tanto, detrás de los acontecimientos, que concurrieron á su formacion, á la Providencia de Dios llevándola á su completo desarrollo, y detrás de las leyes de nación á la autoridad de Dios como sancionándolas, es evidentemente una acusacion tan ilógica y contradictoria, que quedamos atónitos al oír que personas de ordinaria inteligencia la siguen inculcando. Nosotros creemos que los héroes de nuestra patria fueron instrumento del Dios de las naciones al establecer esta casa de la libertad. Á ambos, pues, miramos con agradecimiento y reverencia; y para mantener la herencia de la libertad, que ellos nos legaron, si corriere riesgo,—lo que Dios no quiera,—nuestros ciudadanos católicos se hallarán firmes en primera línea como un solo hombre, y dispuestos á ofrecer de nuevo sus vidas, sus fortunas y su honor.

No menos ilógica es la noción de que hay algo en el espíritu de nuestras instituciones americanas incompatible con la perfecta docilidad á la Iglesia de Cristo. El espíritu de las libertades americanas de ningún modo es el de la anarquía ó licencia, sino que esencialmente envuelve en sí amor al orden, respeto debido á la autoridad, y obediencia á las leyes justas. Nada hay, pues, en el carácter del americano más amante de la libertad, que pudiese impedir su reverente sumision á la autoridad de Nuestro Señor, á la autoridad delegada por Él á sus Apóstoles y á su Iglesia. Ni hay en el mundo creyentes más adictos á la Iglesia católica, á la Silla de san Pedro y al Vicario de Cristo que los católicos de los Estados-Unidos. Miras estrechas, insulares y nacionales, y sospechas concernientes á la Iglesia pueden haber dimanado con bastante naturalidad de la política egoísta de algunos gobernadores y naciones en los tiempos pasados; mas no hallan simpatía en el espíritu de los ver-

daderos católicos americanos. Sus instintos naturales, no menos que sus enseñanzas religiosas, les prohibirían someterse, en materias de fe, á las ordenaciones del Estado ó de cualquiera otra autoridad puramente humana.

Ellos aceptan la religion y la Iglesia, que procede de Dios, conociendo bien que es universal y no nacional, instituida para todo el género humano y no para una tribu especial, ó gente que habla la misma lengua. Nosotros nos gloriamos de ser, y con la bendicion de Dios continuaremos siendo, no la Iglesia de los Estados-Unidos, ni una Iglesia en algun otro sentido exclusivo ó limitado, sino una parte integral de la Iglesia de Jesucristo, que es una, santa, católica y apostólica, la cual es el cuerpo de Cristo, en la cual no hay distincion de clases ó nacionalidades, y en la que todos son unos en Jesucristo.

Cuando los ataques de la calumnia y persecucion, dirigidos contra la Iglesia desde el tiempo del Concilio Vaticano, demostraron cuánta era la animosidad del poder de las tinieblas contra los brillantes rayos de la luz de la divina verdad emanados de aquella asamblea, nuestro Padre Santo el Papa fué naturalmente el blanco principal de todas las tropelías. Por otra parte, la divina Providencia ha tenido á bien dejarle por algun tiempo á merced de sus enemigos, para que ellos, con su misma impía opresion, viniesen á poner en claro su propia iniquidad; para hacer patente al mundo entero el verdadero carácter y la indefectibilidad del ministerio de san Pedro; para que la altísima Providencia, que ha protegido ese ministerio en lo pasado, fuese vindicada y mejor conocida en lo futuro. El amado y gran Pio IX murió «prisionero del Vaticano,» y Leon XIII, heredando sus penas juntamente con su ministerio apostólico, ha visto día por día el sagrado patrimonio de la religion y de la caridad pasar á manos del poder civil por la más impía y sacrílega expoliacion. En este instante está viendo la misma rapiña extenderse sobre los bienes de la Propaganda, que habian sido religiosamente reservados para la difusion del Evangelio de Jesucristo en todos los países y Misiones del mundo. Un acto de tamaña villanía ha provocado un grito unánime de indignacion y protesta desde el fondo del corazon de los católicos de todos los países, y ese grito en ninguna parte se ha repetido con tanta fuerza y energía como en nuestra república. Estamos sumamente agradecidos á nuestro Gobierno, por haber salvado de la confiscacion el colegio americano; y confiamos que las protestas y apelaciones de todos los Gobiernos y pueblos que aman la justicia y aborrecen la iniquidad, cubrirán de vergüenza al ladrón, y le obligarán á arredrarse en tan injusto camino. Entre tanto los corazones de todos los católicos se lanzan con creciente afecto hácia su perseguido Pastor supremo; y de sus bienes temporales, sean éstos abundantes ó escasos, le ofrecen con la mejor voluntad lo que pueden, para sostenerle en la administracion de su encumbrado oficio. La generosidad manifestada por vosotros en lo pasado, amados hermanos, es prueba de que no necesitamos exhortaros á ser liberales en las colectas para el Padre Santo, que seguirán haciéndose cada año en todas las diócesis de nuestros Estados; vuestras obras manifestarán vuestros sentimientos, y la obstinacion de la injusticia quedará más que equilibrada por la constancia de vuestro amor generoso.

Mientras Leon XIII sufre con el heroísmo de un mártir las miserias que le rodean, aguardando el día de

la libertad que Dios tiene reservado, su firmeza y sabiduría se hacen sentir hasta los últimos términos de la tierra. Sus actuales negociaciones con los Gobiernos de Europa nos hacen esperar que pronto verémos devuelta la paz á toda la Iglesia. En el Oriente está abriendo el camino para que vuelvan al Catolicismo los millones de almas que el cisma griego ha tenido por tantos siglos separadas de la Silla de san Pedro, y su vigilancia paternal sigue los progresos de los exploradores de tierras hasta ahora desconocidas ó inaccesibles, cuidando que adelanten en ellas, al mismo tiempo, las conquistas de los misioneros católicos. Su voz se ha dejado oír una y otra vez en todo el orbe, señalando con palabras llenas de sabiduría y elocuencia el sendero para alcanzar la verdad en el importante estudio de la filosofía y de la historia (que constituyen los mejores medios para el adelantamiento de la vida humana en todos sus aspectos, individual, doméstico y social), y el camino por el cual tienen que andar los hijos de Dios, para que vean « todos los hombres al Salvador enviado de Dios. » Pero en todo el vasto círculo del campo confiado á su grande responsabilidad, los progresos de la Iglesia en estos Estados-Unidos forman, de una manera especial, una fuente de consuelo á la par que de cuidado para el Padre Santo. Con amorosa solicitud sus predecesores miraron y animaron nuestros pequeños principios; aplaudieron y fomentaron su desarrollo en la atmósfera pura de la libertad, cuando el nombre de Carroll resplandecía á la cabeza de la recién establecida jerarquía con brillo igual al que rodeaba los nombres de los esclarecidos padres de nuestra patria. Paso á paso dirigieron su marcha cuando con admirable rapidez el clero y las diócesis se iban multiplicando; los centenares de fieles pasaban á ser millares y millones; las iglesias, escuelas, asilos, hospitales, academias y colegios llenaban los territorios con centros de enseñanza divina y de caridad cristiana. Todavía no hace un siglo que todo esto fué inaugurado, con el nombramiento del primer Obispo de Baltimore, en 1789; y al contemplar los resultados que ya se han alcanzado, nos vemos precisados á exclamar: « Esta es obra de la mano de Dios, y es admirable á nuestros ojos. »

Este asombroso adelanto, desde el más imperfecto principio de los trabajos y sudores de los primeros misioneros, hasta los últimos brillantes destellos de la perfecta organización de la Iglesia, este desarrollo gradual y tan rápido ha sido siempre dirigido con seguridad entre los límites de la tradición católica y apostólica, por los concordantes y sabios desvelos de nuestra Jerarquía local y de los sucesores de san Pedro. Por lo mismo, para ir de consuno con los representantes de la Jerarquía americana en los intereses trascendentales de la religión en estos países, el Padre Santo llamó el año pasado á los arzobispos de los Estados-Unidos para que fuéren á Roma. El objeto, pues, del presente Concilio es el de dar una forma práctica á los puntos religiosos que entonces se resolvieron y los que quedaban propuestos.

(Se continuará).

MISCELÁNEA.

Descubrimiento interesante.—Acaba de hacerse en las inmediaciones de Cartago un descubrimiento importantísimo: el de un cementerio cristiano de remota fe-

cha. El P. Delattre, que lo ha descubierto, dice que, como todos los cementerios africanos, se compone de una plataforma circular rodeada de una tapia. En los extremos termina en dos basílicas cuyo suelo es de mosaico. Una de ellas parece que contenía el sepulcro de la mártir más ilustre enterrada allí. ¿Será santa Perpetua, la ilustre vírgen cartaginesa? El P. de Delattre cree que sí.

Pero séalo ó no, lo cierto es que el descubrimiento del cementerio es importantísimo, porque en él se han hallado más de mil inscripciones de los siglos III, IV y V, y una escultura de mármol representando á la santísima Vírgen sentada, que presenta su divino Hijo á los Reyes Magos. Detrás de ella hay una mano que indica la estrella profética, la cual brilla en los cielos. Al lado de la Vírgen está el Angel de la Anunciación, de pié, completamente vestido y con alas. Es esta escultura de mejor trabajo que las que hay de tiempo de Constantino, de modo que por su mérito artístico puede creerse que pertenece al tercer siglo.

Los Trapenses.—¿Dónde están, quiénes son estos religiosos, qué hacen?

«Renuncian al mundo, á la sociedad, á los placeres, á las vanidades, al orgullo y al interés. Sus vestidos son de tosca lana ó de gruesa tela: ninguno posee nada en propiedad. Entrando en la Trapa, el que era rico se hace pobre. Todo lo que tiene, lo da á todos. El que en el mundo era noble, gentil-hombre ó señor, es igual al que era villano. La celda es idéntica para todos. Todos llevan el mismo hábito, comen el mismo pan, duermen sobre la misma paja y mueren sobre la misma ceniza. El mismo saco sobre las espaldas y la misma cuerda á los riñones. Hasta los nombres de familia han cambiado. Han disuelto la familia carnal y han constituido familia espiritual. Socorren á los pobres, curan las enfermedades, eligen á aquellos á quien han de obedecer, y se dicen el uno al otro, mi hermano.»

«Los hombres irreflexivos é indiscretos dicen: ¿Á qué conducen estas pálidas figuras? ¿para qué sirven? Nosotros responderémos: No hay quizá obra más sublime que la que hacen estas almas; no hay quizá trabajo más útil.»

Es un gran bien, y bien muy necesario, que los que oran siempre oren por los que nunca lo hacen.

—Dice un periódico protestante:

«En geografía los chinos son tan ignorantes como en astronomía. Pero los mapas que poseen de su país son *relativamente buenos*, habiendo sido hechos desde 1708 á 1718 con datos precisos, por los Padres Jesuitas. Estos bellos mapas, grabados sobre cobre por orden del emperador, y cuyas hojas no miden menos de treinta ó cuarenta metros cuadrados, han servido desde entonces á todos los geógrafos chinos. Sobre el resto del mundo, los chinos sólo tienen noticias muy confusas. Ignoran la existencia de los continentes americano y africano, colocan á Rusia sobre la frontera Norte, y hacen de Francia, de Inglaterra, de Portugal, de Alemania, de la India, de Luzon y de Bokhara, una cadena de islas situadas al Oeste.»

En suma, que lo poco que los chinos saben de geografía lo deben á los Jesuitas.